

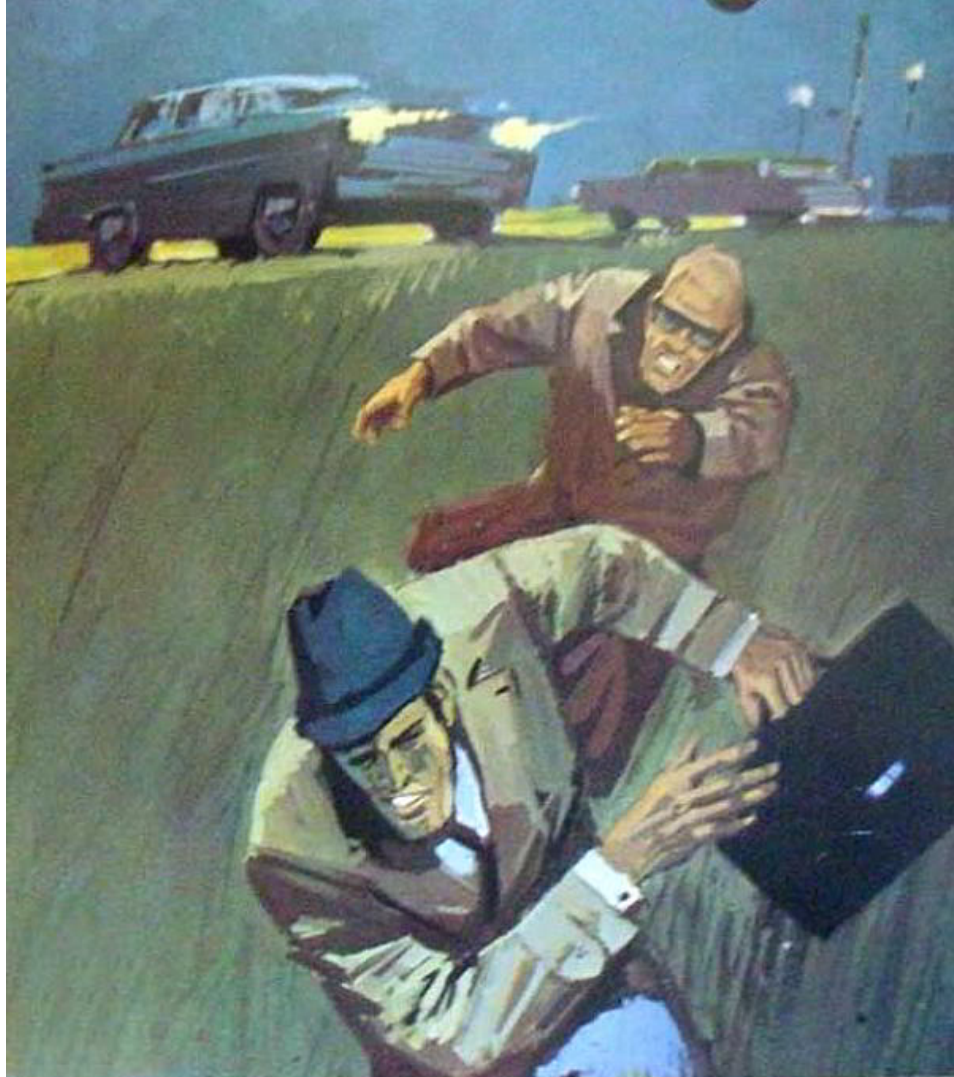
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

PLATAFORMA
ESPACIAL

*Lou
Carrigan*



Cuando finalmente llegó a un acuerdo con Control Central de la *Watch Wide World* (Vigilancia Universal) y le dijeron que le enviarían a dos agentes capacitados para atender el asunto, él había preguntado:

—¿Cómo los reconocerá, cómo se llaman?

—No se preocupe, los reconocerá enseguida y muy fácilmente. En primer lugar, porque acudirán puntualísimamente a la cita. En segundo lugar, porque cuando los vea usted pensará algo así como «¡Dios mío!».



Lou Carrigan

Plataforma espacial

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1684

ePub r1.0

Lds 23.02.19

Título original: *Plataforma espacial*

Lou Carrigan, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando finalmente llegó a un acuerdo con Control Central de la *Watch Wide World* (Vigilancia Universal) y le dijeron que le enviarían a dos agentes capacitados para atender el asunto, él había preguntado:

—¿Cómo los reconocerá, cómo se llaman?

—No se preocupe, los reconocerá enseguida y muy fácilmente. En primer lugar, porque acudirán puntualísimamente a la cita. En segundo lugar, porque cuando los vea usted pensará algo así como «¡Dios mío!».

Por el momento, lo de acudir puntualísimamente a la cita era un hecho. En su reloj eran las doce y media de la mañana cuando llegó el coche que se detuvo detrás del suyo, cerca de la orilla del río. Y cuando se apearon los dos ocupantes se dirigieron hacia él, tomados de la mano, pensó:

«Dios mío...».

El hombre debía medir metro ochenta y cinco, y la mujer apenas diez centímetros menos. Él tenía los cabellos cobrizos. Ella, la más hermosa y espléndida de cabellos rubios que había visto en su vida. Puesto que se trataba de un encuentro campestre, acudían vestidos de modo deportivo, pero daba lo mismo: ambos resultaban absolutamente impresionantes, tan atractivos como hombre y mujer que resultaba difícil creerlo.

Se puso en pie mientras se acercaban. Dios mío, ella era preciosa, preciosa, preciosa... Hermosísima. En cuanto a él, la idea que pasó por su mente fue la de no desearlo jamás como enemigo.

Fue él quien habló cuando se detuvieron.

—Buenos días. ¿Es usted el señor Smith?

—Sí —murmuró éste—. Sí, en efecto.

—Nosotros somos Elvis y Alice —sonrió la muchacha rubia, tendiéndole la mano—. ¿Cómo está usted, señor... Smith?

—Bien, gracias... Encantado de conocerles.

Les estrechó la mano a ambos, y luego se quedó sin saber qué decir, quieto y mudo como un pasmarote, hasta que ella volvió a sonreír y dijo:

—Tenemos entendido que va usted a invitarnos a almorzar, señor Smith.

—Oh, sí... Por supuesto, sí. ¿Nos sentamos?

Se sentaron sobre la tierna hierba de primavera que adornaba las riberas del río, sin más. El señor Smith, de mediana edad, de mediana estatura, más bien regordete, de mirada sagaz, desvió ésta hacia la cesta de mimbre, la acercó, y la abrió.

—No se trata de ningún banquete, claro. Unos bocadillos.

—Nos encantan los bocadillos —dijo la rubia Alice—. ¿Verdad, mi amor?

—Cuando hay que comer bocadillos, se comen bocadillos —dijo Elvis.

—Y además, había mucho tiempo que no íbamos de «picnic». Yo estaba empezando a olvidar lo encantador que resulta. Sobre todo en un día primaveral tan hermoso como éste... ¡Casi dan ganas de darse un bañito en el río!

—¿Quieres que lo hagamos? —propuso él.

—No he traído mi bikini.

—Pues nos bañamos desnudos.

—Oh, no... ¡El señor Smith pensaría que somos gente muy informal...! ¿Verdad que pensaría usted eso, señor Smith?

—No sé lo que pensaría —sonrió el señor Smith—, pero le aseguro que verla a usted desnuda no me disgustaría.

—Me parece que para ser usted un jefe del servicio de inteligencia de la

N. A. S. A.

no es demasiado formal —sonrió de nuevo Alice.

—Tal vez no sea formal —dijo Elvis—, pero tiene buen gusto. Espero que no sean de pollo.

—¿Qué? —se desconcertó Smith.

—Los bocadillos.

—Oh, bueno, he traído algunos de filete de pollo, pero si a

ustedes no les gusta, me los comeré yo.

—¿Ha traído champán? —preguntó Alice.

—Me advirtieron que sería una idea bien acogida. He traído.

—Entonces, todo lo demás saldrá bien —aseguró Alice—. Señor Smith, nosotros somos Elvis North y Alice Westmoreland, los comodines de la

W. W. W.

Le digo nuestros nombres completos para que vea que no nos andamos con misterios. Nos gustan las cosas claras, al menos con las personas que se supone merecen nuestra ayuda. Si usted, o la N. A. S.

A, claro, la necesitan, cuente con ella. Pero no nos mienta, ni nos venga con evasivas cuando nos explique de qué se trata. ¿Está esto bien entendido?

—Sí... Desde luego, sí.

—Perfecto. Podemos comenzar a almorzar. ¡Yo descorcharé la botella de champán, me encanta hacerlo!

—Apuesto a que no ha traído copas —dijo Elvis.

—Ha perdido la apuesta —casi rió Smith—: he traído copas. De todos modos, si no les importa, yo beberé cerveza.

—Así Elvis y yo tendremos más champán —dijo Alice, agarrando la botella que le tendía Smith—. ¿Es cierto que han matado a uno de sus agentes, señor Smith?

—Sí... Se llamaba Simón Kinkaid. Era un buen agente.

—No lo sería demasiado, cuando permitió que le mataran —dijo El vis.

—Tal vez lo hicieran por la espalda, mi amor —sugirió Alice— ... ¿Fue así, señor Smith?

—A medias. Tenía un balazo en la espalda y dos en el pecho.

—Ya. ¿A qué se estaba dedicando su agente cuando lo mataron?

—Vigilaba al profesor Arnold Kennelly, uno de los científicos de tercera fila de la N. A. S.

A que había estado trabajando en, el proyecto «Four Years».

—¿El «Proyecto Cuatro Años»? ¿En qué consiste?

El señor Smith titubeó visiblemente. Alice y Elvis se quedaron mirándolo, y el hombre carraspeó.

—Bueno... Es un proyecto para colocar en órbita dentro de

cuatro años una gigantesca plataforma espacial.

—¿En qué órbita?

—Exterior. Muy lejos de la Tierra, aunque todavía no ha sido decidida la distancia.

—¿Y qué habrá en esa plataforma espacial?

—Básicamente, un laboratorio.

—Debe ser un proyecto carísimo, ¿no?

—Por el momento los cálculos sobrepasan los dos billones de dólares.

—Caray —dijo graciosamente Alice.

—¿Por qué dimitió el profesor Kennelly? —preguntó Elvis.

—No lo sabemos. No dio explicaciones concretas. Simplemente, dimitió. La verdad es que nos sorprendió bastante. No es un científico brillante, pero estaba progresando considerablemente, y cabe suponer que dentro de unos pocos años habría sido promovido a más altos cargos y responsabilidades. Nos pareció extraño que dimitiera, sobre todo al no dar explicaciones concretas.

—Y fue por eso que decidieron vigilarle.

—Sí.

—¿Creen que fue él quien mató a su agente Simón Kinkaid, molesto por la vigilancia de que era objeto?

—No nos hemos atrevido a sacar ninguna conclusión definitiva, Si les parece bien, les explicaré lo que sabemos o creemos saber, y quizás ustedes se atrevan a sacar conclusiones.

Elvis y Alice miraron a Smith como divertidos, y ella sirvió champán en las dos copas que le había facilitado Smith. Bebieron un sorbo cada uno, se miraron, y aprobaron con un gesto.

—A mí —dijo Alice— me encanta el salmón. ¿Tenemos salmón?

—Sí. ¿Y usted, señor North?

—Ya lo ha oído —dijo Elvis—: nos encanta el salmón. Incluso en bocadillo.

Smith sacó unos bocadillos envueltos en papel de estaño, y los repartió. Enseguida se dio cuenta de que la señorita Westmoreland tenía un excelente apetito y el señor North no se quedaba atrás. En el fondo, Smith se sentía, ahora, un poco decepcionado, porque tenía la impresión de que ni él ni ella se estaban tomando demasiado en serio el asunto.

—¿Qué es lo que ustedes saben o creen saber? —preguntó Alice.

—El profesor Kennelly se despide. Sorprendidos, ponemos a Kinkaid a vigilarlo. El primer informe de Kinkaid indica que el profesor Kennelly ha alquilado una cabaña en el «Sunshine Motel» de Miami Beach. El segundo informe de Kinkaid dice que el profesor Kennelly no hace nada especial... La tercera noticia que tenemos de Kinkaid es que ha sido hallado muerto en el «Sunshine Motel». Casi enseguida, nos enteramos que el profesor Kennelly ha desaparecido. En cuanto a la muerte de Kinkaid, sabemos muy poca cosa, gracias a unos clientes del motel que regresaban a éste aquella noche. Según los clientes del motel, dos hombres se alejaron corriendo cuando ellos llegaron con sus coches. Acto seguido, vieron a Kinkaid tendido en el suelo. Corrieron hacia él y comprobaron que estaba muerto. Avisaron a la Policía, naturalmente, y poco después nosotros recibíamos la noticia... pero demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —Alzó las cejas Elvis—. Tarde... ¿para qué?

—Antes de morir, Simón Kinkaid escribió con su bolígrafo un nombre en la palma de su mano izquierda: Jeffrey de Brando. Al parecer, sus asesinos hablan intentado borrar el nombre, pero la llegada de los clientes del motel no les dio tiempo a hacerlo, tuvieron que escapar.

—Comprendido. ¿Quién es Jeffrey de Brando?

—Uno de los directores del *Proyecto Four Years*.

—Ah —le miró vivamente Alice—. ¿Y qué dice el señor De Brando al respecto?

—No pudo decirnos nada. Lo encontramos muerto. Según el forense murió muy poco después que Simón Kinkaid.

—¿Y qué significa eso, según ustedes?

—Se nos ha ocurrido que Kinkaid vio a sus dos asesinos cuando llegaron al motel, evidentemente a entrevistarse con el profesor Kennelly. Con seguridad, se las arregló para escuchar la conversación, o parte de ella. Sin embargo debió abandonar las más elementales precauciones, pues fue sorprendido. Le dispararon por la espalda, y, herido, intentó escapar. En determinado momento, comprendió que no podría conseguirlo, o debió verlo poco probable, y entonces escribió el nombre de De Brando en su mano izquierda. No debió tener tiempo de gran cosa más. Lo encontraron

intentó repeler la agresión, pero ya no pudo conseguirlo. Ni siquiera llegó a disparar una sola bala de su revólver, que fue hallado junto a él en el suelo. Los asesinos, como fuese, debieron ver el nombre de De Brando escrito en la mano de Kinkaid. Entonces, fueron a matarlo.

—¿Qué les sugiere eso a ustedes? —preguntó Alice.

—Nos sugiere que Kinkaid oyó al profesor Kennelly y a aquellos dos hombres mencionar a Jeffrey De Brando.

—¿En qué sentido?

—Mucho nos tememos que en ningún sentido bueno. Creemos que Kennelly informó de lo importante que era De Brando para el *Proyecto Four Years*, y que eso le condenó a muerte. A De Brando, se entiende. Y aunque Kinkaid intentó advertirnos escribiendo su nombre, no pudimos llegar a tiempo de salvarlo. Incluso es posible que los asesinos, al ver que Kinkaid había escrito su nombre y que no tenían tiempo de borrarlo al aparecer los otros clientes del motel, aceleraron el asesinato de Jeffrey de Brando.

—Eso parece tener sentido —admitió Elvis—. Y también tiene sentido pensar que el profesor Kennelly se había propuesto traicionar a la

N. A. S. A.,

quizá vendiendo información sobre el *Proyecto Four Years*. ¿Qué le parece?

—Eso pensamos, en efecto. Pero no creemos que Kennelly pueda vender una información demasiado interesante: ni mucho menos era uno de los más significativos científicos utilizados en el proyecto. De todos modos, puede hacer revelaciones... molestas.

—¿A quién?

—Evidentemente, a Rusia. Bueno, no tan evidentemente, a juzgar por lo que sabemos ahora de Arnold Kennelly. Estamos desconcertados. Lo más satisfactorio sería encontrar al cojo y al otro, pero...

—¿Qué cojo?

—Oh, ¿no se lo he dicho? Uno de los asesinos era cojo. Los clientes del motel se fijaron en eso cuando les vieron alejarse corriendo: uno de ellos cojeaba visiblemente de la pierna izquierda. Pero a pesar de este indicio no hemos conseguido encontrarles. A quien sí hemos encontrado ha sido a Kennelly. Nos ha llevado unos

días movilizándolo a mucho personal, pero lo hemos encontrado.

—Vaya... ¿Y qué explicación ha dado a todo esto? —se desconcertó North.

—No le hemos interpelado. No hemos hecho nada.

—¿No lo han detenido? ¿Por qué?

—Nos parece todo... muy extraño.

—Y a nosotros también —aseguró Alice—. ¿Dónde está el profesor Kennelly?

—En Taormina, Italia. Bueno, en la isla de Sicilia. Es una pequeña localidad que...

—Conocemos bien Italia. Y sabemos dónde está Taormina. Es un sitio... encantador. ¿Verdad, Elvis?

—Sí. ¿Qué hace allí Arnold Kennelly?

—Toma el sol.

—Inteligente actividad —sonrió Alice—. ¿Qué más hace?

—Nada más. Toma el sol, eso es todo. Está alojado en una pensión de tercera categoría llamada «Villino Gallodoro», en una pequeña caleta de Taormina cuyo nombre es Lido Mazzaró. Un sitio bastante agradable.

—¿Está utilizando su verdadero nombre el profesor Kennelly?

—Sí.

Elvis y Alice se quedaron mirando fijamente al señor Smith. Elvis bebió otro sorbo de champán, y luego mordió el apetitoso bocadillo. Alice dijo:

—Deberían haberlo detenido, ¿no le parece? Francamente, no entendemos para qué nos necesitan a nosotros. Todo lo que tienen que hacer es detener al profesor Kennelly, y no dudamos que conseguirán que él les explique muy bien todo el asunto. Se diría que todo está resuelto, señor Smith. Capturen al profesor Kennelly y sabrán por qué fueron asesinados el agente de la N. A. S. A.

y el director del mismo organismo señor De Brando... ¿No?

—Nos gustaría saber qué se propone Kennelly. Se diría que sus tratos no han sido con los rusos, pues de ser así ya estaría en Rusia. Sin embargo, está tomando el sol en una caleta italiana, como si no tuviera nada que temer. La idea de capturarlo no nos parece... oportuna.

—¿Green que él está esperando algo allí, en Taormina?

—Exactamente. Eso creemos.

—Bien, pero... ustedes ya tienen su propio servicio de inteligencia. ¿Por qué recurrir a la Vigilancia Universal?

—Ya nos mataron un agente. Y tal vez Kennelly conozca a los siguientes que pudiéramos enviar a vigilarlo. Por otra parte, no quisiéramos que trascendiese demasiado que la

N. A. S. A.

vigila a sus empleados o ex-empleados... No quedaría muy bonito.

—Esto es gracioso —exclamó Alice—. ¡Bonito! Mire, señor Smith, ningún servicio de inteligencia es bonito. Los espías, ya sean industriales, políticos, bélicos o científicos, hacen su trabajo, y punto. En general, los espías no estamos bien vistos, pero no nos importa. Hacemos un trabajo que muchas personas no tendrían agallas para hacer, y, esto aparte, muchísimas veces resulta menos dañino que otros trabajos que hacen personas... mejor vistas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, los inventores de armas, los asesinos, y gente así.

—Sí, claro... Bueno, nuestra idea es no utilizar agentes del servicio de inteligencia de la

N. A. S. A.,

y esperar a ver qué hace Kennelly. Creemos que eso nos dará mejores resultados que detenerlo ya. Habíamos pensado recurrir a la C. I. A, pero...

—¡Lagarto, lagarto! —exclamó Alice—. ¡No nombre a la C. I. A.!

—Ya ven que hemos preferido a la W. W. W.

Y su Control Central los ha designado a ustedes. Tengo entendido que son los mejores.

—Eso sí —sonrió Alice—. Somos tan buenos en nuestro trabajo, señor Smith, que nos consideramos... rebajados por este asunto. ¡Ni siquiera hay que encontrar al profesor, pues ya está localizado! La verdad es que eso de ir a Taormina a espiar a un profesor científico nos parece... infantil.

—Respecto a esa plataforma espacial —dijo Elvis—, ¿qué tiene de... especialmente especial?

—¿Especialmente especial? Nada.

—¿Sería extraño o increíble que los rusos estuvieran preparando

algo parecido?

—Claro que no. Los dos tenemos ya muchos ingenios en el espacio. Lo del tamaño de esa plataforma es simplemente una cuestión de dinero, de querer o no querer gastarlo. O de poder gastarlo, claro.

—¿Tenía acceso al profesor Kennelly a los planos de la plataforma?

—A una sección diminuta de ella, nada más.

—¿Les serviría eso de algo a los rusos?

—Bueno, todo es útil, pero si los rusos dependieran de una información como ésa para realizar cualquier proyecto espacial más les valdría dedicarse a la cría de amapolas en Siberia.

—Eso ha estado gracioso —rió Alice—. Yo voy a hacer la pregunta de esa manera: ¿le serviría de algo a alguien lo que sabe el profesor Kennelly sobre el *Proyecto Four Years*?

—No, en absoluto.

—¿Ni siquiera a los rusos?

—Tal vez los rusos le pagarían a Kennelly veinticinco centavos por lo que sabe.

—Realmente, es todo muy curioso —murmuró Alice—. Se podría pensar que hay alguien aparte de los rusos, pero además de que el profesor Kennelly apenas sabe nada, estamos hablando de un proyecto que, por ahora, está calculado en más de dos billones de dólares, cifra absolutamente inalcanzable para cualquiera. ¿O cree usted que puede haber alguien en el mundo que posea, particularmente, dos billones de dólares?

—Claro que no —gruñó Smith—. Pero no es sólo el dinero, es la base científica, instalaciones, personal... ¡Cielos, es absurdo! O los rusos, o nadie.

—Pero los rusos no nos habrían dejado al profesor Kennelly tomando el sol en Italia, ¿verdad?

—Eso sería una estupidez.

Alice Westmoreland asintió, bebió otro sorbo de champán, y mordió su bocadillo. El día era espléndido. Apenas a seis metros discurrían las aguas del río. Cerca de ellos había algunos pinos en los que de cuando en cuando se oían algunos pajarillos.

Se estaba muy bien allí.

—Italia es encantadora en primavera —dijo Elvis.

—¿A qué viene eso? —se sorprendió el señor Smith.

—Es que Alice está pensando en aceptar esa aparente tontería. Y en lo que a mí respecta, no me disgustaría volver allá. Pasamos muy buenos ratos en lugares como Taormina.

—¿Sí? ¿A qué se dedicaban?

—A hacer el amor —dijo Alice.

—Ya otras cosas, no crea —añadió Elvis.

—¿Qué otras cosas?

—Ésas no las recuerdo.

El señor Smith se echó a reír.

—¡No me dijeron que estaban ustedes casados!

—¿Casados? —Le miró atónita Alice—. ¿De dónde saca usted que estamos casados?

—Bueno...

—¿Acaso hay que estar casado para amar?

—Pues no... No, claro. Bueno, se me ha ocurrido.

—Escuche, señor Smith: ¿a usted le importa que nosotros nos amemos o no nos amemos? Sea sincero.

—No, no me importa. Eso es cosa de ustedes, ¿saben?

—Ahí tiene. Y si es cosa nuestra... ¿por qué tenemos que ir por ahí haciendo suponer que puesto que estamos casados nos amamos? Podría ser todo ficticio, ¿no le parece? Quiero decir que podríamos estar casados, y no amamos. ¿Usted qué prefiere? ¿Estar casado y no amar a su esposa..., o estar soltero y amar y ser amado por una mujer?

Por un instante, el señor Smith recordó a su esposa, y su reacción fue soltar un gruñido.

—Bueno —masculló—: ¿van o no van a Italia?

—Cuando terminemos este exquisito almuerzo —dijo Alice—. ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —asintió Elvis North.

CAPÍTULO II

Hasta hacía diez minutos al profesor Arnold Kennelly no le había importado ni poco ni mucho su aspecto físico. Lo aceptaba como algo natural. Es normal ir deteriorándose con la edad, y él tenía ya cincuenta y dos años, así que era normal el declive físico.

De todos modos, tal vez si hubiera dedicado más tiempo al ejercicio físico en los últimos años ahora tendría un aspecto más satisfactorio. Y menos mal que como llevaba varios días tomando el sol tenía un cierto aire deportista. Bueno, ¿a qué engañarse? Estaba un poquito bronceado, eso sí, pero nada de aspecto deportivo, barriguita, piernas delgadas, brazos en absoluto musculosos y pectorales blandos y caídos. ¿A qué engañarse? Así estaban las cosas, y ya no tenían remedio. Lástima.

Todo eso lo pensaba el profesor Kennelly desde hacía diez minutos. Es decir, desde que había aparecido en la playa de Lido Mazzaró la muchacha rubia. A partir de ese momento, Arnold Kennelly comenzó a reflexionar sobre sí mismo en cuanto se refiere al físico; una pena, vamos. Claro que la Ciencia no deja mucho tiempo para frivolidades tales como el deporte, pero... Tal vez si hubiera jugado aunque sólo fuese un poquito al tenis. O al golf... ¡Aunque hubiera sido a los bolos!

En fin, que la cosa no tenía remedio.

Y esto era triste, porque lo primero que pensó el profesor Kennelly al ver aparecer a la muchacha rubia fue acercarse a ella, ligársela, y llevársela a la cama. Que ésta era otra cuestión: ¿cuánto hacía que no se acostaba con una mujer?

Se quedó aterrado al pasar cuentas sobre esta actividad..., por la sencilla razón de que no lo recordaba. Quizá hacía un par de años. Sí, debió ser en aquella reunión que se había celebrado en Los

Ángeles, cuando lo del homenaje a Haverty. Sí, seguro, fue entonces. Dos años. ¡Dos años! Y ahora, de pronto, aparecía la muchacha rubia y casi lo ponía en erección tan sólo con mirarla.

Claro: la vida descansada. Eso era. Nada de trabajo, ni preocupaciones, ni envidias, ni... Así que veía a una chica preciosa, y reaccionaba normalmente. Caramba, ¡normalmente! Que no era poco, esto de sentir la erección, a su edad y en sus condiciones físicas. ¡Dos años, cielos!

La muchacha le estaba mirando fijamente ahora, y, de pronto, Arnold Kennelly se sofocó y desvió la mirada. Claro que ella tenía derecho a mirarle enfadada, porque él llevaba diez minutos mirándola con una sinceridad que se convertía en descaro. Y eso resulta molesto para cualquiera.

Dejó transcurrir un par de minutos, y volvió a mirarla, lo más disimuladamente que supo. Allá estaba, tendida sobre la toalla, tomando el sol. Había llegado envuelta en un albornoz azul, que ahora yacía sobre la arena a su lado. Se había quedado en bikini, también azul. ¡Dios, qué cuerpo! Naturalmente, el bikini tapaba muy poca cosa. Lo que podía denominarse como puntos álgidos, es decir, los pezones y el vello púbico. Bueno, un poquito más, pues el bikini no era de éstos excesivamente descarados.

Claro que no. La muchacha tenía clase, eso era indudable. ¡Vaya si tenía clase...!

Arnold Kennelly se sobresaltó, y volvió a sofocarse, cuando la muchacha se puso en pie y se dirigió directa y resueltamente hacia él. Sí, seguro que iba hacia él. Como una flecha. Sintió un súbito terror ante la idea de que la muchacha no tuviese tanta clase como parecía y fuese de esas capaces de organizar un escándalo en cualquier parte. Claro que él se lo había ganado con creces... ¡Tierra, trágamel!, deseó el profesor Kennelly.

Pero la tierra no lo tragó, y la muchacha llegó ante él.

—Perdone, señor —dijo en mal italiano—: ¿nos conocemos de algo?

Kennelly había palidecido. Encima eso: ¡no la entendía!

—Pe-perdone... —tartamudeó a su vez en inglés—, no... no la entiendo. Yo... yo...

—¿Es usted americano? —habló ella ahora en perfecto inglés.

—Sí... ¡Oh, sí, americano!

—Entonces no creo que nos conozcamos. Yo soy británica. Claro que he estado bastante tiempo en Estados Unidos, pero... no le recuerdo. ¿Usted a mí sí?

—Pu-pues la... la verdad es que... que no.

—Ah. Como me está usted mirando con tanta insistencia... Pensé que quizá nos conocíamos, y pensaba pedirle perdón por no recordarlo.

—No... No nos conocemos, no.

—Ya. Entonces... ¿por qué me mira usted tanto?

—No he pretendido... molestarla. Lo siento.

—Es que me está poniendo nerviosa, ¿sabe?

—De... de verdad lo lamento. Le ruego que me perdone.

Ella asintió con la cabeza, le sonrió con amistosa amabilidad, y regresó a su toalla. La mirada de Arnold Kennelly se clavó en las redondas y perfectísimas nalgas, que se movían apenas. ¡Pero con qué gracia! ¡Ah, si él pudiera darles un mordisco...!

A la hora de la cena en el modesto comedor de la pensión «Villino Gallodoro», el profesor Kennelly casi se atragantó cuando apareció la muchacha. Se quedó petrificado mirándola mientras ella se dirigía hacia una mesita para un solo comensal. La muchacha se sentó, pidió su cena al camarero, sonrió, y, con aquella maravillosa sonrisa resplandeciendo en su bellissimo rostro, miró alrededor... La sonrisa quedó inmóvil cuando divisó a Kennelly mirándola. Acto seguido, el ceño de la muchacha se frunció. Arnold Kennelly bajó su mirada velozmente hacia el plato. Tierra, trágame.

—Oiga, señor: esto debe ser casualidad, ¿verdad?

La voz de ella le estremeció. Alzó la cabeza, y miró aquellos ojos azules que mostraban ahora una chispita de hostilidad. Allá la tenía, ante él.

—Pe-perdone, ¿qué... qué...?

—Digo que debe ser casualidad que esté usted aquí.

—Sí, yo... yo estoy alojado aquí.

—¿De verdad? ¿Desde cuándo?

—Oh, hace varios días... ¡Varios días!

La muchacha se desconcertó.

—Puedo enterarme de eso —advirtió—. Y si es mentira las cosas van a complicarse. No me gusta que me atosiguen, ¿comprende? Y ya es usted mayorcito.

—Le aseguro... que... que estoy en esta pensión hace días.

Ella estuvo unos segundos mirándole fijamente. Regresó a su mesa, sin más comentarios. Poco después, mientras le servían la cena, ella entabló conversación con el camarero, que miró un instante hacia Kennelly y acto seguido asintió. La muchacha pareció un poco consternada. Se dio cuenta de que él la estaba mirando, hizo un gesto como de disculpa, y casi sonrió. Vaya, menos mal, se había informado de que era cierto que él llevaba allí varios días. De todos modos, más valía no mirarla. Tal vez tuviese mal genio.

Así que Arnold Kennelly terminó su cena, y salió a toda prisa del comedor, por supuesto sin volver a mirar a la muchacha.

Hacia las diez y media de la mañana siguiente, ella apareció de nuevo en la playa, ahora con un albornoz blanco, bolsa blanca... y bikini blanco, naturalmente. Estaba de muerte. Arnold Kennelly había pasado una noche fatal pensando en la muchacha y en los dos años en blanco que había dejado atrás. ¡Si sería idiota!

Ella se tendió al sol, se acomodó..., y de pronto se puso en pie y fue hacia él. Kennelly comenzó a temblar en su tumbona listada de colores. ¿Qué pasaba ahora, qué había hecho? ¿Eh? ¿Qué había hecho?

—Hola, buenos días —llegó saludando la muchacha—. ¿Qué tal?

—Muy bien... Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Bueno, estoy un poco enfadada conmigo misma. Siento lo de anoche. Ya sé que hace días que está usted en la pensión... Me parece que fui un poco brusca con usted.

—No tiene importancia... No, no la tiene.

—Es usted muy amable. Pensé que me había seguido... Estoy un poco harta de este tipo de cosas, ¿comprende?

—Sí, sí. Oh, sí, comprendo.

—Es que llegué ayer mismo, y todavía no le había visto en la pensión. ¡No puede imaginarse lo molesto que resulta que a una la sigan!

—Sí, claro, me hago cargo. Quiero decir... Bueno, es natural que pasen cosas como ésa, porque... porque...

—¿Sí? Diga, diga.

—Es que... es que usted es muy bonita.

—Sí, ya lo sé —admitió ella, como fastidiada—. Por eso estoy harta.

—¿De ser bonita? —Se pasmó Kennelly.

—¡No! —rió ella—. ¡De que los hombres me acosen! Sobre todo, esos estúpidos que aparecen como moscas, zumbando... O como palomos, bureando y sacando pecho creyendo que... Ya me comprende, ¿verdad?

—Sí, sí, claro. Bueno, como usted ve, yo no puedo sacar mucho pecho. Y le aseguro que no sé zurear.

Ella quedó un instante como pasmada. Luego, se echó a reír. Kennelly sintió un tremendo vacío en el estómago, y acto seguido tuvo tentaciones de lanzarse a morder y besar aquella garganta palpitante de risa. Y los pechos... ¡Oh, Dios, qué pechos...!

—Verdaderamente —dijo la muchacha, todavía riendo—, no es usted el tipo clásico de conquistador. Estoy harta de esa clase de tipos. Parecen pavos reales, y luego, en cuanto abren la boca, sólo dicen tonterías. En fin... Bueno, ya nos iremos viendo, supongo. Me llamo Alice... Alice Westmoreland.

—Encantado —se puso en pie Kennelly—. Yo soy Arnold Kennelly.

—Sí, lo sé —volvió a reír ella—. Pregunté por usted esta mañana en la pensión. Y me enteré de una cosa que me gustó: usted no había preguntado por mí. Todos lo hacen. Siempre.

—No me atreví —murmuró Kennelly.

Ella volvió a reír. Titubeó un momento, y luego preguntó:

—¿Le molestaría que me sentase junto a usted, señor Kennelly? Para variar, y ya que estoy de vacaciones, creo que me resultará agradable tener un amigo que a los diez minutos no me proponga intimididades determinadas. ¿O quizá le molesta mi compañía?

—¡Claro que no! —Casi gritó Kennelly.

—Pues entonces me voy a poner a tomar el sol en una tumbona de ésas —sin dar tiempo a Kennelly a ofrecerse, ella misma acercó una tumbona, y la ocupó; lo miró sonriente—. Usted tiene aspecto de intelectual.

—Sí, eso me temo —suspiró Arnold.

De nuevo se echó a reír la bellísima rubia.

—No veo qué tiene de malo ser una de las pocas personas de este mundo que utiliza el cerebro —exclamó.

Arnold se quedó mirándola sorprendido, y luego se echó a reír a su vez. Empezaba a encontrarse muy, muy a gusto. ¡Qué demonios,

empezaba incluso a sentirse feliz!

* * *

«Pobre hombre», pensó Elvis North.

Estaba sentado bajo uno de los pinos que había en uno de los pequeños promontorios rocosos que cerraban por el Norte la pequeña caleta de Lido Mazzaró, a unos doscientos metros de la pareja. Pero los veía perfectamente, casi como si los tuviera allí mismo, merced a los pequeños pero potentes prismáticos que estaba utilizando.

Incluso sabía lo que estaban hablando sin necesidad de usar el sofisticado sistema de escucha que contenía el portafolios especial. Le bastaba ver el movimiento de los labios de Alice y del profesor Kennelly para saber lo que decían, con tanta seguridad como si los estuviera oyendo. Eso aparte, los doscientos metros eran una distancia excesiva para que el micrófono orientable camuflado en una esquina del portafolios captara la conversación y la llevara a la grabadora. Con aquel sistema de escucha se podían conseguir milagros, o poco menos.

Pero de momento era mejor mantener aquella distancia prudencial, habida cuenta, sobre todo, de que Alice le diría en su momento lo que habían hablado ella y Kennelly. Mientras tanto, simplemente, sin complicarse la vida, el impresionante señor North leía la conversación en los labios de ambos. Al menos no se aburría...

—¿Y a qué se dedica usted exactamente? —preguntaba en aquel momento la pérfida Alice.

—Oh, bueno, soy... profesor de Matemáticas.

—¡Profesor de Matemáticas! —exclamó Alice—. ¡Cielos, qué horror!

Elvis miró el rostro de Kennelly, vio su expresión de consternación, y sonrió prietamente, estirando sus delgados labios. Alice le iba a sacar a aquel pobre hombre todo lo que quisiera, lo sabía.

De modo que, prescindiendo una vez más de ellos, volvió a mirar en su entorno, despacio, examinando detenidamente a las personas que estaban dentro del alcance de los prismáticos, tanto

las que había en la playa como en el paseo.

Es claro que tanto él como Alice podían haberse equivocado, pero algún sentido tenía el hecho de que Arnold Kennelly estuviera allí, tan lejos de su residencia habitual, en tan impensado lugar, y después de escapar de los Estados Unidos. De acuerdo a la lógica mínima, Arnold Kennelly debía estar esperando algo o a alguien.

Así pues, Elvis North buscaba. No le parecía probable que alguien se acercara a Kennelly mientras Alice estuviera con él, pero nunca se sabe. Aparte de que, posiblemente, antes de efectuar el contacto, procedieran a asegurarse de que todo estaba bien. Es decir, que, como él, quizá estuvieran vigilando a Arnold Kennelly.

Y esto era lo que le preocupaba. ¿Por qué siempre o casi siempre tenía que ser ella quien diese la cara? Por bien que lo hiciera, esto siempre entrañaba un riesgo para Alice. Aunque... no era precisamente una niña ingenua o indefensa, desde luego. A decir verdad, no era un buen negocio molestar a Alice Westmoreland.

De pronto, se fijó en los dos hombres que estaban en el paseo, por detrás de Alice y Kennelly, a unos treinta y cinco o cuarenta metros de ambos. No por su actitud sospechosa, sino porque, simplemente, ellos estaban ahora caminando..., y el más bajo cojeaba visiblemente. Enseguida, Elvis aumentó su alerta. Podía ser casualidad, por supuesto, pero hacía ya mucho tiempo que sabía que las casualidades son sólo espejismos, en el espionaje.

Prescindiendo completamente de Alice y Kennelly, dedicó toda su atención a los dos hombres que caminaban por el paseo. Los vio detenerse y mirar hacia el Sur. El tren procedente de Catania apareció por el túnel, recorrió la playa, y desapareció por la siguiente boca de túnel, a su derecha, en dirección a Messina. Los dos hombres lo estuvieron mirando hasta que desapareció. Luego, el que no era cojo dijo, en inglés:

—Están tardando mucho. Llegaremos tarde.

—Ya vendrán —dijo el cojo.

—Sería mejor que fuésemos al coche. Ni siquiera hace falta que les digamos nada sobre esa muchacha rubia: ellos saben lo que tienen que hacer. De todos modos, seguramente, es algo casual.

—Bueno, vamos al coche —dijo el cojo.

Dejando la playa a su espalda, así como la vía férrea, se dirigieron hacia la *Strada Statale*, en cuyo arcén tenían el coche.

Elvis North los vio meterse en él. El cojo se sentó junto al otro, que iba a conducir, y encendió un cigarrillo.

Elvis North guardó los prismáticos en el portafolios especial, se puso en pie, y bajó el montículo, hacia la playa. Vestía pantalones color crema y jersey marrón de hilo. Se quitó las zapatillas deportivas, y comenzó a caminar por la arena en diagonal hacia la línea férrea. Pasó a menos de diez metros de Alice y Kennelly, el cual se quedó mirándolo entre pasmado y rencoroso.

—¿Ve? —murmuró, haciendo un gesto con los ojos a Alice—: Ése sí es un tipo adecuado para andar presumiendo por las playas.

Alice volvió un momento la cabeza, y luego encogió los hombros.

—Seguramente es un gigoló.

—¿Usted cree?

—Los conozco bien. Aunque ya es un poco mayorcito... Seguramente ha dejado en la Costa Azul a su vieja condesa y ha venido aquí de vacaciones.

—Caray —dijo Kennelly.

Por su parte, en el momento en que Alice le miraba, Elvis había mirado a su vez el bolso playero de la muchacha, que yacía junto a la toalla abandonada al sol. Y eso fue todo. Cruzó la playa, cruzó las vías férreas, llegó a la *Strada*, y fue adonde tenía su coche, situado frente a la pensión «Impero». Se metió dentro y miró hacia la playa, mientras sacaba la pitillera.

—¿Me perdona un momento? —pidió Alice—. Voy a buscar cigarrillos a mi bolsa.

—Sí, cómo no —sonrió Kennelly.

Alice fue hacia su bolso, se sentó, lo puso sobre sus muslos, y lo abrió. Sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno, metió de nuevo el paquete en el bolso, y accionó la pequeña ruedecita de puesta en marcha de lo que parecía una radio a transistores.

—¿Qué? —susurró.

—He visto a un hombre cojo en el paseo —sonó en la radio la voz de Elvis North—. Está con otro, esperando que llegue alguien para poder marcharse. Yo los voy a seguir. Tú ten cuidado, pues se han fijado en ti, y han dicho que los que lleguen «saben lo que tienen que hacer». Hasta luego.

Alice no dijo nada. Cerró la radio, y regresó con toda

naturalidad junto a Arnold Kennelly, ocupando de nuevo la tumbona a su lado.

Al volante de su coche, Elvis había encendido también un cigarrillo, y miraba ahora hacia el coche del cojo. Terminó el cigarrillo, y miró hacia el mar, azul-gris,

refulgente de sol. Más al interior su tono era intensamente azul. Pasaron dos gaviotas. En la playa, un pequeño grupo de jovencitas jugaban absurdamente echándose una pelota de colores...

Cuando miró de nuevo hacia el coche del cojo vio que su compañero se apeaba. A unos ocho metros se detuvo otro coche, del cual salió también un hombre, dejando otro al volante. Se acercaron el uno al otro, charlaron apenas medio minuto, y el otro regresó al coche, junto al cojo. El automóvil partió, pasando cerca del recién llegado, del cual se apeó otro hombre.

Elvis pasó mirándolos de reojo. Luego, concentró toda su atención en el coche que le precedía. Fuese adonde fuese el cojo allá iría Elvis North. Y nadie podría impedirlo.

El viaje se realizó, al principio, costearlo a los pies del pueblo, por la *Strada Statale 114*, y luego el coche del cojo se metió en la autopista a Catania. Elvis North concedió una buena distancia al coche perseguido, pero siempre sin perderlo de vista.

Fue un viaje rápido, breve, cómodo. En la salida de Catania ambos coches abandonaron la autopista. En el cielo, Elvis North vio el centelleo de un avión alejándose. Se dirigían hacia el aeropuerto, estaba seguro.

Y acertó.

CAPÍTULO III

La avioneta llegó unos veinte minutos más tarde. Elvis la había visto aterrizar, pero se fijó especialmente en ella cuando vio que el cojo y el otro se dirigían hacia ella, al lugar donde finalmente se había detenido. De la avioneta saltaron cinco hombres, uno de ellos el piloto. Los otros cuatro podían ser descritos por parejas. Una de esas parejas, los dos hombres mayores, parecían prósperos negociantes acostumbrados a la buena vida, y su edad estaba alrededor de los cincuenta años.

Los otros dos eran guardaespaldas profesionales. Altos, serios, atentos, discretos... pero inconfundibles para Elvis North, que se detuvo a unos sesenta metros del grupo y abrió el portafolios, como si estuviera buscando algún documento en su interior, aunque lo que hizo fue accionar el sistema de escucha y grabación.

De momento, sólo podía ver a los hombres, pero pronto sabría lo que habían hablado...

—Señor Grimble, señor Zaehner —estaba saludando el cojo—... Soy James Kramer, y éste es mi compañero Guido Martini. Los dos trabajamos para el señor Santeobaldi, y en su nombre les damos la bienvenida. ¿Han tenido buen viaje?

—En efecto —asintió el alemán Zaehner, en perfecto inglés—. Todo ha estado muy bien, señor Kramer.

—Lo celebro. Pero falta uno de ustedes, el señor Adolf Webber. ¿No se reunió con ustedes en Fiumicino?

—Estuvo allí —asintió Sydney Grimble—, pero sólo unos minutos, y precisamente para decimos que le resultaba imposible emprender el viaje a Sicilia con nosotros. Al parecer, le llamaron a su hotel de Roma anoche desde su despacho de Milán, informándole de determinados problemas.

—Entonces... —Frunció el ceño Kramer—, ¿el señor Webber regresó a su despacho de Milán?

—Por el momento, no. Se quedó en su hotel, el Albergó Céntrale, a la espera de un contacto con su casa central en Hamburgo. Espera resolver el problema sin necesidad de alejarse de Roma. Si lo consigue, y está convencido de que así será, llegará mañana a Catania en un vuelo regular, a partir del mediodía. Eso es lo que nos dijo.

—Bien... Es una contrariedad, ciertamente, pero comprendemos que el señor Webber atienda sus negocios de modo primordial. A fin de cuentas —sonrió el cojo Kramer—, ustedes nos interesan tanto precisamente por sus negocios.

—Y nosotros estamos muy interesados por su oferta —dijo Grimble—. La verdad es que nos parece... desorbitada. Y nos gustaría escucharla de labios del propio señor Santeobaldi. ¿Vamos a reunimos con él ahora?

—No inmediatamente. Pero será pronto. Mientras tanto...

Se iban alejando mientras hablaban, y Elvis North comprendió que el sistema de escucha había dejado de ser eficaz. Y comprendió también que si persistía en seguir al cojo y los demás iba a tener problemas, pues los dos guardaespaldas ya no eran tan fáciles de engañar. No eran matones de tres al cuarto, sino especialistas serios y bien preparados, con mirada de águila. Y por el momento, el señor North no quería problemas.

Y además, en su mente estaba germinando una idea que le iba pareciendo más y más buena a cada instante. Vio al piloto regresando con otro coche y, sin más titubeos, él regresó al suyo. Desde el asiento, vio pasar los dos coches, regresando en dirección a Taormina y, como era de esperar, los dos guardaespaldas iban en el de atrás, en el asiento trasero. Se darían cuenta si él los seguía. Éstos sí, se darían cuenta.

Muy bien.

Miró su reloj, frunció el ceño, hizo sus cálculos de tiempo, y por fin, portafolios en mano, tomó su decisión final. Abrió el portafolios, recogió la cinta, y la pasó desde el principio, escuchando la conversación hasta el momento en que se decía: No inmediatamente. Pero será pronto. Mientras... El resto se perdía.

Suficiente, sin embargo.

El señor North salió de su coche, y se encaminó al edificio del aeropuerto. Treinta minutos más tarde tenía pasaje para el vuelo Catania-Roma que saldría setenta minutos después. Regresó al coche, esperó todavía media hora más, y sacó la pitillera que contenía la radio especial de largo alcance con un radio máximo de cincuenta millas. No había tanto desde Catania a Taormina.

* * *

Alice Westmoreland terminó de ducharse, salió de la bañera, y procedió a secarse ante el espejo. En una repisa estaba la radio a transistores. Sabía que él la llamaría, tarde o temprano, y mientras pudiera tendría la radio a su alcance. Arnold Kennelly la esperaba para almorzar juntos después de la agradable mañana de sol y baños de mar, y aunque ciertamente el contacto y la relación le interesaban mucho, no quería desconectarse de Elvis a menos que fuera imprescindible.

¿Podría estar tramando algo delictivo el profesor Kennelly? La opinión de Alice era que no, pero tampoco era precisamente una ingenua. Había conocido sujetos de apariencia inofensiva que luego resultaron ser unos chiflados o unos criminales que pretendían volver el mundo al revés. Y ninguno de ellos era tonto. Podían parecerlo, o, como Kennelly, parecer unos infelices, pero ella sabía que no había infelices en el espionaje.

Se quedó contemplando sus pechos, dorados por el sol, perfectos, turgentes, rematados por el mediano pezón de exquisita textura. Y en eso estaba cuando sonó la llamada en la radio.

La atendió inmediatamente.

—Dime. Puedes hablar.

—Me voy a Roma.

—¿Por qué?

—Hay un sujeto allá que me interesa. Te voy a pasar una grabación que he conseguido en el aeropuerto de Catania. ¿Lista?

—Sí, sí, cuando quieras.

Por la radio sonó la grabación. Cuando terminó, se oyó de nuevo la voz de Elvis North:

—He tenido una idea respecto a ese Adolf Webber que se ha quedado en Roma. Tú intenta enterarte de quién o qué es ese señor

Santeobaldi, pero con mucho cuidado.

—Menos mal que me adviertes —sonrió ella—... ¡Sería capaz de cometer cualquier torpeza!

Se oyó el gruñido de Elvis, y de nuevo su voz:

—¿Viste a los dos tipos que sustituyeron al cojo y al otro?

—Sí. Están mosconeando cerca de Kennelly y de mí. No te preocupes por eso.

—No te metas en líos. Te conozco bien.

—Haré lo que tenga que hacer. Pero procuraré ser discretísima hasta tu vuelta. ¿Sabes cuándo regresarás?

—Espero que mañana. Te llamaré.

—Adiós, mi amor. Besos.

—Adiós.

—Yo te he enviado besos.

—Recibidos.

—¿Eso es todo?

—Está bien: besos. Ten cuidado.

—¡Qué pesado te pones a veces, Elvis! Sabes muy bien que me basto para hacer frente a cualquier circunstancia. A propósito: de seguir así las buenas relaciones entre nuestro hombrecillo y yo terminará por pedirme que me acueste con él. Soy demasiado simpática... ¿Qué hago si me lo pide?

—Lo que te pida el cuerpo.

—Si hiciera lo que me pide el cuerpo me reuniría contigo ahora mismo.

—Resignación, querida.

—Te amo.

—Puestas así las cosas, escucha esto: yo te amo más a ti.

—Oh, claro que no. ¡Yo te...!

El señor North cortó la comunicación. Tenía que irse a Roma.

* * *

Elvis North llegó a Roma cerca de las tres de la tarde. Es decir, llegó al aeropuerto Leonardo da Vinci, en Fiumicino. Desde aquí, por la autopista, se trasladó a Roma en un taxi. Por todo equipaje llevaba su portafolios, pero con ello tenía más que suficiente, por el momento. Con ello y con una llamada telefónica que efectuó desde

el café al que se hizo llevar.

—¿Sí? —Atendieron la llamada en italiano.

—Soy North.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea. Luego:

—¿Elvis North?

—Claro.

—¡Demonios! A sus órdenes, señor.

—Gracias. Estoy en el *Café Tomaso*, de Viale Lopenti. Necesito una maleta con ropa de mi medida y un coche de alquiler matriculado fuera de Roma, no importa dónde. También necesitaré a dos de ustedes. Es todo, por ahora.

—Sí, señor. Inmediatamente, señor.

Sonriendo ceñudamente, Elvis North colgó el auricular. Así estaban las cosas en la
W. W. W.:

él era el *señor* North.

Y no importaba dónde se hallase. En cualquier parte del mundo solo tenía que hacer una llamada telefónica o de radio e inmediatamente todo el engranaje de la Vigilancia Universal se ponía a su disposición.

Lo que no era poco, ciertamente. Y el tal señor Adolf Webber iba a tener muy pronto noticias al respecto. Siempre y cuando las cosas no estuvieran complicadas cerca de él, naturalmente.

Unos veinte minutos más tarde, cuando el señor North estaba tomando su segundo café y terminando un cigarrillo, un hombre alto y rubio entró en el *Café Tomaso*, echó un vistazo por el local, lo vio, y se dirigió a él como una flecha. Seguramente, ni siquiera le conocía de un modo personal, pero no cabía error posible. Sólo había un señor North.

—¿Señor North? —preguntó el hombre.

Éste asintió, dejó un billete sobre la mesa que había ocupado, y se puso en pie. El recién llegado le precedió hacia la salida, y le abrió la puerta, no con servilismo, sino con auténtica deferencia. Frente al café, esperando en doble fila, había un automóvil de la Fiat, matriculado en Florencia. Elvis y el hombre que había acudido a recogerle pasaron al asiento de atrás, y el coche partió. El conductor miraba con gran interés a su pasajero, por medio del retrovisor, pero no dijo nada. Era North quien tenía que hablar en

primer lugar.

—¿Tengo la maleta? —preguntó.

—En el portaequipajes, señor.

—Bien. Les voy a dar las necesarias y justas explicaciones para que me ayuden si llego a necesitarles. Mientras tanto, vamos hacia el *Albergo Centrale*. ¿Lo conocen?

—Sí, señor. Está en el centro.

—De acuerdo. Se apearán del coche cerca de ese hotel, y pedirán otro para ustedes. Aunque estamos trabajando en Taormina, he colocado la radio en onda continental, de modo que estén atentos a una más que posible llamada... ¿Ocurre algo?

—¿Ella... está bien, señor? ¿Quiero decir la señorita Westmoreland?

—Estaba bien hace tres horas. Bueno, escuchen...

Eran casi las cinco de la tarde cuando el señor Elvis North detenía su coche alquilado en Florencia (versión para los empleados del hotel) frente al *Albergo Centrale*. Un botones se hizo cargo de su maleta, y el señor North, cargando únicamente su portafolios, se dirigió hacia la conserjería, donde, sin problema alguno, alquiló una habitación.

A las siete y cuarto, en el bar, sabía sobradamente quién era el señor Adolf Webber, quien estaba recibiendo frecuentes llamadas telefónicas, que atendía allí mismo, en el bar. Compartiendo su mesa había otros dos hombres, de muy fácil catalogación: guardaespaldas de alto nivel. Muy sobrios, muy elegantes..., pero armados con una pistola que la experta mirada de Elvis North captó bajo las axilas.

Después de cenar, Elvis sabía que Adolf Webber, y sus dos «secretarios», ocupaban una *suite* en el primer piso del hotel. Para entonces, Webber había dejado de recibir llamadas telefónicas, y aparecía algo más tranquilo, más relajado.

Hacia las diez y media, Adolf Webber y sus dos «secretarios», tras tomar café y unas copas de nuevo en el bar, se retiraron a la *suite*. Aunque relajado, Adolf Webber estaba visiblemente fatigado, y estaba bien claro que aquella noche no tenía más deseos que el de retirarse pronto a descansar.

En el bar, Elvis North esperó cinco minutos, terminando su copa de coñac italiano. Luego, abandonó el bar, cruzó el vestíbulo, y

subió al primer piso. Fue directo hacia la puerta de la *suite* de Webber y llamó. A los pocos segundos la puerta se abrió, y uno de los «secretarios» apareció ante Elvis, al que se quedó mirando expectante, con cierto gesto cortés, ya que sin duda lo recordaba como vecino del hotel.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre.

La respuesta de Elvis North fue ciertamente inesperada. Agarró al hombre por la ropa del pecho con la mano izquierda, lo atrajo con rápido gesto, y le hundió el puño derecho en el bajo vientre, con un trallazo seco y corto... y escalofriante. El rostro del hombre se desencajó mientras de su boca brotaba un resoplido como de agonía y su cuerpo se doblaba. Elvis lo mantuvo aceptablemente erguido, metió la mano derecha en busca de la pistola, y la retiró de la funda axilar. Luego, soltó al hombre, que se derrumbó como un saco.

El otro apareció caminando apresuradamente desde el interior de la *suite*, alerta y sobresaltada la expresión, con la mano derecha ante el pecho, presto a sacar su arma.

—¿Qué ha sid...? —preguntaba.

No dijo nada más. Se quedó mirando la pistola de su compañero, que ahora en la diestra de Elvis North le apuntaba a la cabeza. El hombre se detuvo en seco, y quedó paralizado, palideciendo.

—Mueva sólo un dedo y le vuelo la cabeza —dijo Elvis, en alemán.

El otro ni siquiera pestañeó. Luego, se pasó la lengua por los labios. Elvis se acercó lentamente a él, pero prestando atención auditiva hacia el interior de la *suite*. Le pareció oír el rumor de agua corriente, eso fue todo.

—Venga aquí —susurró Elvis.

El otro obedeció, por supuesto tenso y de mala gana. Cuando lo tuvo a poco más de un metro, Elvis movió la pistola, alzándola, como dispuesto a golpear al guardaespaldas en lo alto de la cabeza. El hombre se encogió, alzó los brazos para protegerse la cabeza..., y recibió un patadón espantoso en la zona genital. Saltó como un muelle, lechoso el rostro, y cayó hecho un ovillo al suelo, donde, enseguida, pareció desparramarse y finalmente quedó inmóvil, como muerto.

Elvis North guardó la pistola en un bolsillo, requisó la otra, se la

quedó también, y luego, asiendo a los dos individuos por la ropa del cuello, uno en cada mano, los arrastró hacia el interior. Oía ahora más claramente el rumor del agua. Estaba claro que Adolf Webber, en uno de los cuartos de baño, ni siquiera se había enterado de que habían llamado a la puerta.

Una seca sonrisa apareció en el anguloso rostro de Elvis North cuando oyó los gargarismos. Los localizó, entró en el dormitorio grande, y fue hacia el cuarto de baño anexo. Cuando apareció en la puerta, Adolf Webber se estaba mirando la recién lavada dentadura en el espejo. Volvió la cabeza, dispuesto a decir algo..., y se quedó mirando pasmado a Elvis North.

—Vea si hay esparadrapo por aquí —dijo Elvis.

Webber sacudió la cabeza.

—Pe-pero... ¿qué demonios...? ¡¿Qué hace usted aquí?!

—Créame, señor Webber, no se complique la vida: busque esparadrapo. Es para atar y amordazar a sus dos secretarios, a los que acabo de dejar sin sentido. Quiero hablar tranquilamente con usted. Aunque también puedo enfadarme, si lo prefiere.

Adolf Webber era un hombre alto, recio, sin duda alguna fuerte..., pero además era inteligente, y le bastaba contemplar a su vecino de hotel para saber lo que le convenía.

Cinco minutos más tarde, los dos guardaespaldas yacían sobre la alfombra del salón, sólidamente atados de pies y manos con profusión de tiras de esparadrapo, y además selladas sus bocas por el mismo procedimiento. Sentado como un pasmarote en uno de los sillones, Webber contemplaba amedrentado al desconocido. Bueno, sabía que estaba en su hotel, pero eso era todo...

Por fin, Elvis North se sentó en otro sillón, vio los cigarrillos sobre la mesita floral, y encendió uno.

—¿Conoce usted al profesor Arnold Kennelly? —preguntó de pronto.

—No... No.

—¿Jeffrey de Brando?

—No... ¿Son ingleses?

—¿Quién es el señor Santeobaldi?

Ahora sí, ahora Elvis dio en el blanco. Webber se irguió vivamente, pareció a punto de decir algo, y desistió de ello, apretando los labios. Elvis se quedó mirándolo incrédulamente.

—¿No quiere contestar? —preguntó.

—No le conozco... No sé quién es.

Los alargados párpados de Elvis North se entornaron. Estuvo mirando así unos segundos a Adolf Webber, movió por fin la cabeza, y se puso en pie. Se acercó a Webber y le tendió el cigarrillo.

—Tenga, fume su último cigarrillo —dijo con indiferencia.

—¿Qué? —jadeó el alemán.

—No sea estúpido. Quiero que usted converse conmigo, señor Webber, pero en vista de que usted no lo desea, le voy a matar. Es muy simple.

—Usted... usted no hará eso...

Elvis volvió a mover la cabeza con aquel gesto como de condolencia hacia la deficiente mentalidad de su interlocutor, agarró uno de los almohadones de raso con bordados, y hundió la pistola en él. Adolf Webber emitió un gemido.

—¡No sé quién es, no sé quién es ese señor Santeobaldi!

—Sin embargo, él le estaba esperando hoy en Sicilia, concretamente en Taormina, según entiendo. Usted tenía que haber llegado con dos hombres llamados Grimble y Zaehner, pero dificultades imprevistas le retuvieron aquí. Eso me ha ido muy bien a mí, señor Webber.

—Pero... ¿usted quién es, qué quiere de mí?

—Dígame, en primer lugar, quién es el señor Santeobaldi.

—Ya le digo que no lo sé con exactitud... Recibí una interesante oferta de él, eso es todo, y una invitación para pasar unos días en su quinta. ¡No sé nada más! ¡Ni siquiera le conozco personalmente!

—¿Cuál es esa interesante oferta que él le hizo?

—Bueno... Ofrecía el quinientos por cien de una inversión importante. Por cada millón de dólares aportado para su empresa, él devolvería cinco.

—¿Qué empresa?

—No lo sé. Escuche, sé que ese Santeobaldi ha hecho la misma oferta a otros industriales como yo, gente que manejamos muchísimo dinero, pero no tengo más información que darle. ¡No sé nada más!

—Pero lógicamente sí sabrá que una oferta de esa naturaleza no puede estar basada en negocios honrados, ¿verdad?

—Oiga, yo no soy un mecenas, ¿sabe? Si tengo tanto dinero es porque he sabido invertirlo bien en todo momento. Y si analiza las grandes fortunas del mundo encontrará muy pocas que sean de procedencia limpia.

—Eso es cierto —admitió Elvis North—. Pero vamos a centrarnos en nuestro asunto. Y se lo digo en serio, señor Webber: si usted se muestra reacio a facilitarme toda la información que posee, le mataré. ¿De acuerdo?

—¿Quién es usted?

—A partir de ahora, yo haré todas las preguntas. Vamos a empezar con orden y concierto: ¿Qué sabe usted del *Proyecto Four Years*?

El gesto de Adolf Webber no pudo mostrar más estupefacción.

—¿El proyecto... qué?

Elvis North se resignó. Le esperaba una noche muy desagradable.

CAPÍTULO IV

—He pasado el día más agradable de mi vida —aseguró Arnold Kennelly.

—¿Si? —se sorprendió Alice—. ¿Por qué? ¿Ha tenido una buena noticia?

—¡Me refiero a usted! —rió Arnold—. ¡Es la persona más simpática que he conocido jamás!

Ella se quedó mirándolo como dubitativa. Acababan de llegar al pasillo donde estaban las habitaciones de ambos, y Alice se había detenido, precisamente para no facilitar a Kennelly que la acompañase hasta la puerta de su habitación; pero parecía que no iba a ser fácil.

—Me alegra que piense así, Arnold... —deslizó suavemente—. Quiero decir que usted es de los que comprenden.

—Pues me parece que ahora no comprendo —se desconcertó él.

—Algunas personas confunden la simpatía con otra cosa. Es por eso que inicialmente suelo ser antipática... y hasta agresiva, si lo recuerda. Por lo general, en cuanto soy simpática los hombres creen que también soy... digamos fácilmente accesible.

—Ya, sí, comprendo —murmuró Kennelly—. No podía haberlo dicho con más claridad.

—Bueno —rió ella—, afortunadamente usted no es de esos. Sabe distinguir entre simpatía y... provocación. Es lo que me gusta de usted. Hemos pasado un día estupendo, ¿no es cierto?

—Sin duda. Ya se lo he dicho antes. Bien, supongo que ahora debemos despedirnos.

—Quizá a usted le hubiera gustado salir por ahí a tomar unas copas, o algo así, pero yo he venido aquí a descansar, a hacer una vida... sana y muy tranquila. Estoy harta de la vida nocturna, así

que prefiero acostarme pronto y estar en plena forma durante el día para tomar el sol y pasear... ¿Nos veremos mañana?

Le tendió la mano. Kennelly la tomó con las suyas, y asintió, fija su mirada en los hermosísimos ojos azules que le contemplaban con cierta amable expectación.

—Siempre que usted quiera —murmuró—. Buenas noches, Alice.

—Hasta mañana —sonrió ella.

Retiró la mano. El titubeó, y luego abrió la puerta de su habitación, entró, y tras una última mirada a la muchacha cerró la puerta. Alice frunció simpáticamente el ceño, movió la cabeza, y recorrió el pasillo hasta su puerta, en cuya cerradura introdujo la llave.

Y nada más hacer esto, supo que alguien había trasteado la cerradura. Alguien no demasiado hábil con la ganzúa. La pregunta era: ¿estaba todavía dentro el intruso, o se había limitado a echar un vistazo y se había marchado? Si era esto último no había problema. Si era lo primero las cosas podían complicarse, ciertamente. Aunque no le pareció, de todos modos, que en el primer caso ella fuese a correr peligro considerable: si querían matarla no lo harían allí.

Terminó de abrir la puerta y entró. Cerró, encendió la luz, y al volverse vio a los dos hombres que ya conocía, los que habían estado mosconeando cerca de ella y de Kennelly. Uno estaba sentado en el borde de la cama, y el otro en la butaquita.

El respingo de la muy hipócrita Alice Westmoreland fue de lo más convincente.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —exclamó «sobresaltadísima».

—Tómeselo con calma —dijo el de la cama—. Y sobre todo, no grite, señorita Westmoreland.

Ella miró «desconcertada» de uno a otro.

—¿Me conocen? ¿Quiénes son, qué quieren?

—Yo me llamo Fuggs —dijo el de la cama—, y mi amigo, Giaco. Queremos saber qué pretende usted con el profesor Kennedy.

—¿Con el prof...? ¡Nada! Oigan, ¿con qué derecho...?

Fuggs se puso en pie, y se acercó a ella con gesto tan amenazador, que Alice «se asustó» y se calló de repente.

—Escuche, nena —masculló Fuggs—, nosotros tenemos ojos en la cara, y por cierto que no son ciegos. Usted está como un tren, es

joven, puede divertirse horrores con quien le dé la gana de este cochino mundo. ¿Pretende que nos creamos que para eso ha elegido a un tipejo como Kennelly?

—¡No sé qué quiere decir! Además, no me estoy divirtiendo, tal como usted emplea esa palabra. He conocido al profesor, hemos congeniado, y eso es todo. Es un hombre muy educado..., y por si le interesa, yo estoy más que harta de hombres guapos y fuertes como ustedes.

—Gracias por lo de guapos —sonrió Fuggs—. ¿Cuánto hace que conoce a Kennelly?

—Dos días. Bueno, día y medio. Llegué anteayer a...

Respingó cuando, de pronto, Fuggs la asió rudamente por la ropa del pecho y la acercó a él, casi alzándola en vilo.

—¿Quién la envió? —Gruñó el alemán.

—¿Adonde?

—Si cree que nosotros somos tan cándidos como Kennelly está en un grave error. Vamos, sea una chica lista. Usted no está aquí casualmente, alguien la envió para hacer contacto con el profesor. ¿Quién fue?

—¡Nadie! ¡No sé de qué me habla!, no lo sé. Yo vine a...

La mano libre de Fuggs se cerró, y, convertida en enorme y duro puño se hundió en corto y tremendo impacto en el vientre de Alice Westmoreland, que emitió un gemido, puso los ojos en blanco, y, al parecer, perdió el conocimiento, y quedó colgando de la mano de Fuggs.

—No se puede decir que seas amable —sonrió Giaco.

—Ve a decirle a Kennelly que recoja sus cosas y que pida la cuenta. Si esta pajarita forma parte del juego, ya sabemos lo que queríamos saber. Y si no forma parte del juego, le pediremos disculpas.

—No te la tires mientras voy y vengo. Está muy buena.

—Déjate de idioteces.

Giaco salió de la habitación mientras Fuggs depositaba en el suelo a Alice. Acto seguido se acercó al armario, lo abrió, sacó las dos maletas, y las colocó abiertas sobre la cama. Comenzó a meter en ellas la ropa del armario... Tendida de costado en el suelo, Alice Westmoreland le miraba por entre los entornados párpados. Le dolía un poco el vientre, y eso era todo. En cuanto a Fuggs,

simplemente era un hombre de suerte: no sabía con quién se las estaba viendo, ni que esa persona prefería dejarle hacer su juego porque a ella le convenía.

Un par de minutos más tarde, Giaco regresó.

—Está preparando sus cosas. Quería venir a despedirse de ella.

—¿Qué le has dicho?

—Que si hace lo que le digamos se la regalaremos para que juegue con ella como si fuese una muñeca.

—Despiértala.

Giaco asió a Alice por la cintura, la alzó, y la tiró sobre la cama. Entonces le puso una mano sobre un pecho, y la zarandeó. Alice gimió, y Giaco rió Utilizó ahora ambas manos apretujando los senos de Alice para zarandearla. Ella abrió los ojos, estuvo un par de segundos sin reaccionar, y luego miró a Giaco y vio sus manos sobre sus pechos. Inmediatamente, profiriendo un grito, se apartó, sentándose en la cama. Giaco no le dio tiempo a decir nada. Sacó su pistola de la funda axilar, y encañonó a Alice.

—¿Ve esto? Estoy seguro de que sabe lo que es. ¿Lo sabe?

—U-una... una pistola...

—¡Qué chica tan lista! Pues sí, es una pistola. Le diré cómo están las cosas, señorita Westmoreland: usted va a venir con nosotros y con el profesor Kennelly a las buenas, y entonces todo irá bien, Pero si nos crea dificultades, todo irá mal... para usted. ¿Lo entiende?

Alice asintió, en silencio, muy abiertos los ojos.

—Perfecto —sonrió Giaco—. Ahora termine de hacer sus maletas, pida la cuenta, y salgamos de aquí como buenos amigos. Y le diré otra cosa: si alguien nos sigue sabremos ya con toda seguridad que usted es una pájara de cuidado, en cuyo caso le cortaremos las alas. Pero si nadie nos sigue, simplemente la vamos a invitar a pasar unos días en un sitio estupendo. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, sí.

—Así me gusta.

Seis o siete minutos más tarde Alice Westmoreland abandonaba la pensión «Villino Gallodoro» en compañía de los dos «amables amigos» que hablan pasado a recogerla para invitarla. A la izquierda estaba la playa de Lido Mazzaró, en la que se veían las luces de algunos yates fondeados. Recorrieron un corto trecho de la leve cuesta que subía hacia la *Strada Statale*, un poco antes de la

cual había un coche.

—Pase al asiento de atrás —dijo Fuggs.

Giacó se encargó de colocar sus maletas en el portaequipajes, junto a las de Kennelly. Éste, sentado en la parte de atrás del coche, se quedó mirando atónito a Alice cuando ella se sentó a su lado.

—Pero... ¡Alice! —exclamó—. ¿Qué... qué significa esto?

—Usted sabrá —dijo ella—. Creo que esto me está pasando por haberle conocido a usted, Arnold.

Kennelly no salía de su asombro. Giacó cerró el maletero, y fue a sentarse junto a Fuggs, que iba a conducir. Puso el motor en marcha y arrancó. Arnold Kennelly consiguió salir de su asombro.

—¿Qué hace ella aquí? —exclamó—. ¡Alice no tiene nada...!

—Cierre la boca —dijo Giacó, volviéndose.

Pareció que Kennelly fuese a insistir en sus protestas, pero Alice le puso una mano sobre una de él.

—Será mejor que no les discuta nada, Arnold. Son mala gente... ¡A mí me han dado un golpe que casi me matan!

Kennelly palideció, y clavó su desorbitada y ahora iracunda mirada en Giacó, pero éste se llevó un dedo a los labios, sonrió aviesamente, e hizo:

—Sssst.

Alice apretó la mano de Arnold Kennelly, y, éste permaneció en silencio. El coche estaba ya en la carretera, y circulaba hacia el Norte. Giacó miraba hacia atrás directamente, por entre las cabezas de Alice y Kennelly. Abajo, a la derecha, las luces del lujoso hotel *Atlantis Bay* se reflejaban en las quietas aguas de la *Baia delle Sirene*. Muy pronto pasaron sobre *Lido Spisone*, y enfilaron la dirección hacia Mesina.

—¿Qué? —preguntó Fuggs.

—Nada, por ahora. Tú ocúpate del volante y deja eso de mi cuenta.

Veinte minutos más tarde pasaban por Santa Teresa di Riva, que muy pronto quedó atrás. Para entonces, Giacó y Fuggs estaban más que convencidos de que se habían pasado de listos con la señorita Westmoreland, a menos que ésta trabajase sola en el asunto, lo que les pareció sencillamente increíble. El hecho cierto era que nadie les seguía, habían tenido tiempo sobrado de comprobarlo. Bueno, cualquiera puede equivocarse, ¿no?

Muy pronto llegaron a Roccalumera, pueblecito desde el cual comenzaron a viajar hacia el interior, como trepando, dejando atrás y abajo el mar. Después del cruce a nivel con la autopista Catania-Messina continuaron por una carretera secundaria y cada vez más empinada que, según los letreros indicativos, conducía a una localidad llamada Mandacini.

Pero antes de llegar a Mandacini se desviaron a la derecha por un camino. En la noche estrellada se recortaban las montañas. Y los pinos, cuyo aroma se percibía intensamente, y por entre los cuales discurría finalmente el camino que terminó ante la quinta de refulgente blancura. Era una casa grande, con amplio pórtico, de dos pisos en los que resplandecían las ventanas bajo los toldos.

Fuggs frenó ante la casa, y paró el motor. Dos hombres se acercaron inmediatamente, y Fuggs salió a hablar con ellos. El fino oído de Alice captó que la conversación se desarrollaba en inglés, pero apenas entendió media docena de palabras que nada le revelaron.

Fuggs metió la cabeza dentro del coche.

—Venga conmigo, profesor. Y usted —dijo, sin darles tiempo a reaccionar—, quédese aquí y no haga tonterías.

Kennelly miró a Alice, titubeó, y optó por obedecer. Alice quedó sola en el asiento de atrás, y enseguida también dentro del coche, pues Giaco salió a conversar con los dos hombres del exterior, y a fumar con ellos. Alice se volvió en el asiento, y aprovechando la luz que se esparcía hacia los pinos desde la casa escrutó en la semioscuridad amarillenta. Con seguridad vio a dos hombres más, y no tan segura creyó divisar todavía otro, otros por entre los pinos. Por lo menos uno de ellos llevaba rifle, o un arma de cañón demasiado larga para ser una pistola. Quizá una metralleta.

Apareció Fuggs casi diez minutos más tarde, se fue directo al coche, y abrió la portezuela de atrás.

—Salga —dijo.

Alice salió. Los dos hombres que conversaban con Giaco la miraron con curiosidad y sonrieron. Fuggs dijo:

—Trae sus cosas, Giaco. La vamos a instalar arriba, de momento.

—¿En la casa? —se sorprendió el italiano.

—Eso dice el señor Santeobaldi. Mañana se encargará de ella. Ahora está ocupado. Venga, nena, camine.

—A lo mejor quiere que la entres en la casa en brazos —rió uno de los vigilantes junto al coche.

—Y si tú no quieres hacerlo —dijo el otro—, yo lo haré. Giaco dice que tiene unos pechos de miedo.

—Más vale que os ocupéis de vuestro trabajo —gruñó Fuggs.

Entraron en la casa, Fuggs y Alice delante, Giaco detrás cargado con las dos maletas de la muchacha. El vestíbulo era enorme, de losas de mármol, y estaba bellamente decorado a la antigua, tipo Renacimiento. Del techo pendía una grandiosa araña de cristal que centelleaba. Enfrente y a la derecha había una amplia escalinata, también de mármol, típica de *palazzo* italiano. Alice había visto escalinatas parecidas en Venecia...

Una cosa no podía dudarse: quienquiera que fuese el tal Santeobaldi no carecía de dinero. Quizá fuese un tanto extravagante por haber edificado en semejante lugar apartado una mansión de aquellas dimensiones y lujo, pero lo seguro era que no carecía de dinero en grandes cantidades.

Llegaron al piso superior, y Fuggs abrió la puerta de una de las habitaciones. Quizá había veinte, o más. Entró, Alice lo hizo detrás, y Giaco lo hizo en último lugar, dejando caer las maletas cerca de la puerta. La habitación era espaciosa, de techo muy alto. También disponía de una araña de cristal. Una puerta a la derecha indicaba la presencia del cuarto de baño.

—Abajo hay hombres de vigilancia y perros Dobberman —dijo Fuggs—, de modo que piénselo bien antes de intentar cualquier tontería. Si se porta de modo razonable todo terminará bien para usted. ¿De acuerdo?

—Sí —murmuró Alice.

Fuggs asintió, y salió de la habitación, cerrando la puerta cuando hubo salido Giaco, que se volvió para hacer un guiño a Alice. Ésta se dirigió al cuarto de baño, abrió la puerta y echó un vistazo. Empezaba a aburrirla tanto mármol blanco, pero todo estaba bien. Muy bien, a decir verdad. Fue en busca de sus maletas, las colocó sobre la gran cama doble, y las abrió. En una de ellas estaba su bolsa de playa, dentro de la cual encontró la radio. Desechó la idea. No sólo sería una imprudencia utilizarla, sino que él estaba en Roma.

Se limitó a sacar un pijama, se desvistió, y se lo puso. Las cosas

empezaban a aclararse. ¿Por qué había sido «colocado» Arnold Kennelly en Lido Mazzaró, bien a la vista? Ahora sabía la respuesta: habían esperado unos días para ver si alguien había podido seguir a Kennelly desde Estados Unidos, antes de llevarlo a su definitivo destino. Al aparecer ella y hacer contacto con el profesor, había zanjado la cuestión: o ella era la persona encargada de tener vigilado a Kennelly, en cuyo caso querrían saber cuánto sabían de lo sucedido en los Estados Unidos, o bien, si ella era una turista británica se habían equivocado, tanto al secuestrarla como al haber perdido todos aquellos días temiendo que Kennelly hubiera sido rastreado, así que, finalmente, lo hablan llevado a su destino definitivo.

Como quiera que fuese, ella sabía que no estaba muy lejos de los hombres que habían organizado el asunto que había costado la vida a Simon Kinkaid, y a uno de los directores de la

N. A. S. A.,

Jeffrey De Brando.

La señorita Westmoreland se acostó, y a los pocos segundos dormía apaciblemente.

CAPÍTULO V

Hacia las once de la mañana, cuando ya hacía rato que había desayunado en su habitación, Alice Westmoreland fue conducida por Fuggs a uno de los salones de la planta baja.

Allí, esperándola, estaba el señor Santeobaldi.

Era un hombre menudo, delgado, pálido de unos cuarenta años. Lucía un elegante batín de seda italiana, pañuelo al cuello, y otro pañuelo en el bolsillo del batín, asomando las puntas. Parecía un muñequito de escaparate, a primera vista. Pero, cuando Alice se acercó, y vio los pequeños ojos negros que, tras los cristales de los redondos lentes, se clavaron en los suyos, supo en el acto que era un muñequito peligroso, por una razón muy simple: el señor Santeobaldi podía ser cualquier cosa... menos tonto o débil de carácter.

—Señorita Westmoreland —dijo en perfecto inglés—, soy Pío Santeobaldi, su anfitrión. ¿Ha pasado buena noche?

—Sí, gracias.

—Por favor, siéntese. ¿Café, cigarrillos?

—Ambas cosas, si no le importa.

Santeobaldi miró a Fuggs y le hizo una seña. Fuggs salió del salón. Santeobaldi ocupó un amplio sillón frente al ocupado por Alice. Sonrió, pero su sonrisa no le gustó nada a Alice. Absolutamente nada.

—Mucho me temo —dijo amablemente Santeobaldi— que está usted en una situación comprometida.

—Ustedes están en una situación comprometida —dijo de mal talante la bellísima rubia—: le aseguro que en cuanto salga de aquí voy a denunciarles a la Policía. ¡Me han secuestrado!

—Vamos, no me trate como a un estúpido —rechazó él—. Sé

muy bien que a usted la han enviado a hacer contacto con el profesor Kennelly. Lo que me sorprende es que estuviera sola, aunque podría haber sido momentáneamente, claro, con lo que la imbecilidad de mis hombres pasaría sin malas consecuencias para mí. Parece que nadie les siguió a ustedes anoche. ¿Cómo pudo ser eso?

—Usted está tan loco como sus amigos. ¡Y yo no sé de qué me está hablando!

—En realidad, lo único que me tiene sorprendido es que sea usted británica. Aunque claro, tampoco puedo estar seguro de eso. Podría ser americana. ¿Lo es?

—No. Soy británica. ¡Y le advierto...!

—Deje de jugar, señorita Westmoreland. Mire, nosotros estamos empeñados en un negocio demasiado importante para permitirnos ningún fallo. Tuvimos uno en Estados Unidos, uno muy lamentable, pero esperamos haberlo resuelto al retirar de una vez, por todas, al profesor Kennelly. Es de esperar que no ocurran más fallos. Pero ahora me pregunto: ¿qué vamos a hacer con usted?

—¡Cómo que qué van a hacer conmigo...!

—Por favor, por favor, baje la voz. Tranquilícese. Tengo la esperanza de que podremos llegar a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—Dígame la verdad de su intención al acercarse al profesor Kennelly y seré lo más clemente posible con usted. Bien entendido que tengo la certeza casi absoluta de que usted no es, ni mucho menos, una... turista. Pero me desconcierta que sea británica. ¿Tal vez los americanos pidieron ayuda a los servicios de inteligencia británicos?

—Se lo repito: está usted loco.

—A mí, la verdad, me parece usted americana. Seguramente es una agente de la

N. A. S. A.

¿O de la

C. I. A.,

tal vez? Sea del organismo que sea le sugiero que sea comunicativa conmigo. A cambio de eso, y únicamente como atención a las súplicas del profesor Kennelly, la mantendremos con vida mientras sea posible. ¿Le parece bien?

La puerta del salón se abrió, y apareció Fuggs. Detrás de él un criado empujando un silencioso carrito, desde el cual sirvió café a Alice. Depositó cigarrillos sobre una mesita, y se marchó, sin haber pronunciado una sola palabra. Alice encendió un cigarrillo, y bebió un sorbo de café.

—Café italiano —sonrió Santeobaldi—: es decir, café bien hecho. Bien, estoy esperando su respuesta.

—Todo lo que tengo que decirle sobre mí —murmuró Alice— puede verlo en mi pasaporte, cosa que me parece ya hizo su amigo Fuggs después de golpearme. Es un salvaje, un criminal. ¡Y usted también, puesto que son amigos!

Fuggs no se inmutó. Pío Santeobaldi todavía menos. Estuvo unos segundos mirando fijamente a Alice, y luego, sin más, se puso en pie y abandonó el salón. Alice miró sorprendida a Fuggs, que sonrió.

—Me parece que ha hecho usted enfadar mucho al señor Santeobaldi, nena. Y aunque cuente con la protección del profesor Kennelly, no se haga ilusiones. A fin de cuentas, Kennelly no es precisamente un genio. Tenemos otros mucho mejores que él.

Alice parpadeó, como quien no entiende nada de nada.

—¿Y para qué quieren ustedes tantos profesores de Matemáticas? —preguntó.

Fuggs quedó unos instantes pasmado. Luego se echó a reír, dio la vuelta, y salió del salón, dejando sola a la secuestrada señorita Westmoreland. Ésta continuó fumando, terminó el café, y luego se acercó al gran ventanal, desde donde observó la explanada frente a la casa, y, más allá, los pinos. Por entre algunos de éstos, lejos y abajo, divisó el azul del mar. Vio algunos hombres, pero ningún perro. Quizá los perros sólo estuvieran sueltos durante la noche. Dios, ¡perros Dobberman! Silenciosos, feroces, con músculos de acero..., y, por supuesto, imposibles de manejar con mentiras ni astucias, como se podía hacer con los hombres.

Pensó en Elvis North, pero lo apartó enseguida de su pensamiento. No la preocupaba Elvis. Sabía que él la encontraría. Esto aparte, si los hombres de Santeobaldi decidían matarla les iba a dar una buena sorpresa: se iban a encontrar con un hueso que sus dientes no podrían roer fácilmente.

Pero todo esto no tenía importancia. Lo que sí la tenía era saber

qué estaba tramando Pío Santeobaldi. ¿Tenía más hombres mejores que Kennelly? ¿Técnicos, científicos espaciales? ¿Estaba preparando algo con respecto al *Proyecto Four Years*? Un proyecto que, de momento, estaba valorado en más de dos billones de dólares. Comparada con esta cantidad la que pudiera reunir Santeobaldi siempre sería ridícula. Sería lo mismo que si un niño quisiera comprar con sus ahorros un portaaviones de la *U. S. Navy*. Pero suponiendo que el niño pudiese llegar a comprar el portaaviones... ¿qué haría con él?

¿Qué podía hacer Pío Santeobaldi con el *Proyecto Four Years*?

* * *

—Hay muchas galerías naturales como ésta bajo las montañas de esta parte de la isla —iba explicando Pío Santeobaldi a Arnold Kennelly, mientras caminaban por los pasillos de roca iluminados a largos trechos—. Aunque no me he interesado mucho por ello, supongo que son bolsas que en algún tiempo se vaciaron de lava o gases, y dejaron las montañas convertidas en lo que gráficamente podríamos llamar un queso de Gruyere. Como sea, hace años que las conozco, y decidí instalarme cerca de ellas. Siguiendo las indicaciones de los pasillos tal como se las he explicado, puede usted salir al exterior para ir a la casa, e incluso puede llegar a ella directamente. De todos modos, profesor, lo que esperamos de usted es que trabaje duro y firme, colaborando con mi proyecto.

—Ya acepté eso cuando sus hombres me lo propusieron en Estados Unidos —murmuró Kennelly.

—Sí, es cierto. He estado haciendo proposiciones a muchos hombres como usted. Unos las han rechazado, pero otros han aceptado. La paga es espléndida, el premio final será todavía más espléndido, y, sobre todo, usted sabe que trabajando conmigo saldrá del anonimato científico en que le tenían hundido los de la N. A. S. A.

Usted merece bastante más, profesor.

—No sé si mucho más —murmuró de nuevo Kennelly—. Yo no he engañado a nadie, señor Santeobaldi: no soy un científico de primera categoría.

—Bueno, bueno —movió una mano Santeobaldi—, pero era

porque no confiaban plenamente en usted. Me consta que del *Proyecto Four Years* apenas conocía usted una diminuta parte, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Conmigo la va a conocer toda, absolutamente toda.

Arnold Kennelly se detuvo en seco. También lo hicieron Santeobaldi y los dos hombres armados que les acompañaban. Al dejar de resonar las pisadas en la piedra, todo quedó sumido en un espeso silencio. Las galerías parecían conducir al último rincón del mundo.

—¿Qué dice usted? —jadeó Kennelly.

—¿Por qué se sorprende? Soy hombre de grandes recursos, profesor, y todavía tendré más cuando negocie mi asociación con determinados caballeros a los que espero convencer para que aporten capital. Usted no los vio anoche porque ya se habían retirado a descansar cuando llegó, pero están aquí. Y hoy mismo llegará el último del primer grupo con el que pienso asociarme. Cuando tenga...

—Escuche, la parte financiera del asunto no me interesa demasiado, francamente. Pero dígame si he entendido bien: ¿dispone usted de la información respecto a *todo* el *Proyecto Four Years*?

—Así es. Tengo absolutamente todos los planos y detalles técnicos.

—Pero eso no es posible... ¡No es posible!

—Pronto podrá verlos.

—¡Dios mío! ¿Cómo los consiguió? ¡Espere! ¿Fue De Brando?

Pío Santeobaldi asió del brazo a Kennelly, y continuaron caminando.

—Habría dudado de su inteligencia si no lo hubiera usted comprendido, profesor. En efecto, fue Jeffrey De Brando.

—Él no me dijo... ¡No me dijo que había hecho tal cosa!

—¿Por qué decírselo? Tiempo habría para ello. De todos modos, usted tuvo que comprender que el señor De Brando trabajaba para mí cuando fue a verle al motel para darle las últimas instrucciones, respecto al viaje y demás.

—¿Y por qué no se vino él conmigo? ¡Después de hacer una cosa así no ha debido quedarse en Estados Unidos!

—Evidentemente, usted no está al corriente de todo, profesor. Por ejemplo, no sabe que el señor De Brando falleció.

De nuevo se detuvo en seco Arnold Kennelly.

—¿Falleció? —exclamó—. ¿Cómo? ¿Qué le ocurrió?

—Creo que merece usted una explicación completa, a fin de librar su mente de confusiones. No quiero que esté desconcertado, quiero que se dedique a su trabajo sin tener que pensar en otras cosas. Veamos... A usted le visitaron dos de mis hombres, Guido Mantini y James Kramer, y le hicieron las proposiciones que no vale la pena repetir ahora. Usted aceptó, así que dimitió de la

N. A. S. A.,

y, siguiendo instrucciones de mis hombres, se instaló en el motel... cuyo nombre no recuerdo. Allá, por la noche, le visitó finalmente Jeffrey De Brando, que era quien, precisamente, le había recomendado a usted como posible integrante de mi grupo técnico-científico. Con anterioridad, el señor De Brando había conseguido microfotos de todo el *Proyecto Four Years*, que ya obraba en mi poder. Pero, claro, para llevarlo adelante yo precisaba de hombres como usted...

—¿Me está diciendo que piensa... realizar el *Proyecto Four Years*? ¿En serio?

—Naturalmente. Pero déjeme terminar. Como le decía, el señor De Brando le visitó a usted para darle las últimas instrucciones, y supongo que usted creyó que él simplemente también trabajaba para mí...

—¡Eso era obvio! ¡Pero no sabía que hubiera fotografiado el proyecto!

—Ya lo sabe ahora. Por favor, déjeme terminar: el señor De Brando le dio a usted las últimas instrucciones, y salió del *bungalow* en el que estaba usted alojado. Entonces, mis hombres divisaron al agente que o bien había seguido a De Brando o bien le había localizado a usted y le estaba vigilando. Como fuese, lo cierto era que aquel hombre, creo que se llamaba Kinkaid, había visto a De Brando visitándole a usted.

—Pero ese Kinkaid... ¿quién era? Agente... ¿de qué?

—Tal vez de la

N. A. S. A.,

tal vez de la

C. I. A.,

tal vez del servicio de inteligencia militar... Bueno, mis hombres le dispararon, y consiguieron matarlo, pero en dos etapas. En el espacio entre la primera y la segunda etapa, el tal Kinkaid escribió en su mano, con bolígrafo, el nombre de Jeffrey De Brando. Mis hombres vieron esto cuando lo estaban registrando para enterarse exactamente de quién era y, a ser posible, para quién trabajaba. No tuvieron tiempo de más, porque entonces llegaron al motel unas cuantas personas muy ruidosas, y los vieron. Así que tuvieron que marcharse a toda prisa. En cuanto a De Brando, mis intenciones habían sido retenerlo allí dentro, en la

N. A. S. A.,

para que continuara facilitándome información de la marcha del *Proyecto Four Years*, pues es lógico que éste vaya sufriendo algunas modificaciones sobre la marcha. Así que el señor De Brando, claro está, debía permanecer allí. Lástima que el tal Kinkaid le viese y escribiese su nombre, pues nos obligó a prescindir de él. Como comprenderá, no podíamos permitir que le detuvieran y le interrogaran.

—¿Quiere decir... quiere decir... que sus hombres... mataron a De Brando?

—No tuvieron más remedio. Fue lamentable, de veras. Todo eso, claro, nos provocó una... inquietud respecto a usted. Si el tal Kinkaid le había estado vigilando a usted y no a De Brando, significaba que la

N. A. S. A.,

o la

C. I. A.,

o quien fuese, sentía interés en los técnicos que dimitían de la

N. A. S. A.,

como había hecho usted. Y nos preguntamos por qué sentían interés por ustedes y hasta dónde pensaban llevarlo, qué podían saber... Nos preguntamos muchas cosas. Y fue por eso que le instalamos a usted en Taormina, bien a la vista.

—O sea, que yo he servido de... cebo para ver qué ocurría.

—En efecto. Y lo único que ha ocurrido digno de atención ha sido su relación con la señorita Westmoreland. De modo que teníamos que salir ya de dudas. Por eso hemos traído aquí a la

señorita Westmoreland.

—Pe-pero... ¿qué tiene que ver ella con esto?

—Preferiría equivocarme, y que fuese sólo una simpática chica británica que ha congeniado con usted. Pero probablemente se trata de una... espía que le estaba vigilando y que, casual y afortunadamente, se hallaba sola anoche cuando mis hombres decidieron cazarla a ver qué pasaba. Y no pasó nada. Así que o estaba sola en aquel momento..., o nos hemos equivocado con ella. ¿Qué opina usted al respecto?

—¿Yo? ¡Para mí es... es una chica simpática, y nada más!

—¿Ella no le estuvo haciendo preguntas que ahora pueden parecerle a usted sospechosas?

—¡No! Hablábamos del mar, del sol, de cosas divertidas, de la gente, de libros... ¡No! Por el amor de Dios, asesinaron a De Brando... ¡Y quizá ahora pretendan hacer lo mismo con Alice!

—Profesor, éste es un asunto de tal envergadura que no admite sentimentalismos ni consideraciones. Ahora bien, yo no tengo ni prisa ni interés en matar a la señorita Westmoreland, ya le dije anoche que no le iba a suceder nada malo, en atención a usted. Sin embargo, si es una espía, tendremos que eliminarla, antes de que se las ingeniase para comunicarse con sus despistados compañeros de trabajo. Mientras tanto, claro está, puede usted divertirse con ella. Nadie les molestará en esos momentos.

—¿Debo entender que usted... me la está obsequiando, o algo así?

—Claro. Acuéstese con ella, gócela cuanto quiera y pueda, disfrute de su belleza y de su simpatía... A su gusto. Y si se pone tonta la obligaremos a que sea complaciente con usted. Mientras así lo haga, y no entrañe peligro alguno su presencia aquí, diviértase. Pero tal vez tenga que prescindir pronto de tan estimulante compañía. ¿Seguro que ella no le hizo preguntas capciosas respecto a su trabajo, su estancia en Taormina, cosas así?

—Sí, seguro. Bueno, sólo me preguntó una vez a qué me dedicaba, y la verdad es que vino al paso. Le dije que era profesor de Matemáticas, ella se horrorizó con mucha gracia..., y eso fue todo.

—Pues tanto mejor si es sólo una turista: tendrá usted sexo para tiempo..., porque lo seguro, profesor, es que la señorita

Westmoreland no saldrá nunca de aquí. Al menos, con vida. Bien, hemos llegado.

La galería terminaba de pronto ante una pared, pero el aterrado, atribulado Kennelly, pronto comprendió que la pared era falsa. Santeobaldi pulsó una parte de la pared, y el enorme decorado de cartón piedra se hundió, como dos grandes compuertas, dejando expedito el camino.

Apareció la enorme cavidad, en cuyo centro había toda una serie de andamiajes y no menos de treinta hombres trabajando. En total debía haber allí dentro no menos de cincuenta hombres, algunos en pequeñas grupos de dos o tres, trabajando en bancos, soldaduras, grandes paneles metálicos; pero la mayor parte del personal estaba en el centro de la gruta de altísimo techo, trabajando en aquel extraño y enorme andamiaje que...

Casi al mismo tiempo que creía o creía comprender, Arnold Kennelly veía, en uno de los lados de la gruta, los grandes planos reproducidos a gigantesca escala, y profusamente iluminados. Como un sonámbulo, se acercó allí, y se quedó mirando la acumulación de cifras, rayas, datos, coordenadas... Sus ojos iban de un lado a otro como enloquecidos. Y sólo se convenció de lo que estaba viendo cuando estudió determinado sector de los planos, donde constaban los pocos datos que él conocía sobre el *Proyecto Four Years*. Es decir, que el resto era también el *Proyecto*...

Entonces, se volvió, y se quedó mirando aquel «andamiaje» que estaban construyendo en el centro de la enorme bóveda de piedra.

—Pero esto... es una locura —jadeó—... ¡No puede ser!

—Es —sonrió Santeobaldi, a su lado—: estamos construyendo la plataforma espacial del *Proyecto Four Years*.

Arnold Kennelly tenía la sensación de que algo no estaba funcionando bien en su cabeza. ¿La plataforma espacial? Después de unos segundos con la boca abierta, la cerró, y miró a Santeobaldi.

—Escuche, eso es imposible... —murmuró—. ¡Jamás dispondremos de los recursos técnicos y económicos necesarios para construirla! Pero aunque así fuese... ¿cómo la pondríamos en órbita? Y sobre todo: ¿cómo la sacaríamos de este agujero? ¿Atravesando la montaña?

—Profesor —se echó a reír Santeobaldi—, usted dedíquese a su

trabajo, y deje los demás pequeños detalles de mi cuenta. Y ahora, perdóneme, pero precisamente debo empezar a atender ya en serio el aspecto financiero de mi proyecto. Ya nos iremos viendo.

CAPÍTULO VI

James Kramer y Guido Mantini se lo estaban tomando con calma. Habían llegado al aeropuerto de Catania al mediodía, para recibir a Adolf Webber y llevarlo en coche a la quinta de Pío Santeobaldi, pero hasta el momento, las cuatro de la tarde, el alemán todavía no había llegado. Habían visto a todos los pasajeros del avión que hada poco aterrizara, y Webber no estaba entre ellos.

—Tal vez venga en el próximo —dijo Mantini—. Vamos al bar a tomar algo.

—El próximo y último llega a las siete cuarenta. ¡Maldito sea!

—Ya sabes cómo son esos tipos cargados de dinero —encogió Mantini los hombros—. Vamos al bar.

Poco después, cuando estaban fumando y tomando un *whisky* en el bar del aeropuerto, sonó la llamada por los altavoces:

—Amigos del señor Webber: pasen por información, por favor.

El aviso se repitió en inglés, mientras Mantini y Kramer cambiaban una mirada de desconcierto.

—Quizá ha llegado en vuelo privado, y no regular, como nos dijeron —sugirió Kramer.

Dejó un billete sobre el mostrador, y se encaminaron ambos hacia el servicio de información. Mientras se acercaban se fijaron en el hombre que estaba allí en actitud de espera. Era muy alto, atlético, rubio, con bigote caído a los lados de la boca, y llevaba lentes. Vestía un traje tan caro y elegante de tono gris-azulado, que Mantini tuvo que hacer el comentario:

—Ese traje cuesta no menos de seiscientos dólares.

—Puede. Pero ése no es Webber. Y no veo a nadie más esperando ahí... No me gusta esto. Quédate aquí, por si ocurre algo.

Kramer se acercó solo a información, donde el empleado al que

interpeló le señaló al sujeto alto y rubio del traje caro. Kramer dio las gracias, y se encaró con el desconocido.

—Entiendo que usted pregunta por los amigos del señor Webber —dijo en inglés.

—Así es. ¿Son ustedes?

—¿Nosotros? Querrá decir yo.

El desconocido alzó una ceja, y miró un instante al alejado Mantini.

—Como quiera. ¿Le envía el señor Santeobaldi?

Kramer se dio por vencido al oír este nombre.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Klaus Offenbach, primer secretario de Adolf..., del señor Webber. Él no ha podido venir, quizá tenga que permanecer un par de días más en Roma, o regresar a Hamburgo, quizá ir a Milán. Me llamó a Hamburgo para que fuese a Roma, y me ha enviado aquí para atender el asunto.

—Entiendo. Sin embargo, la negociación estaba planteada directamente con el señor Webber.

—Es posible que pueda venir dentro de dos o tres días, quizá más. Si pueden esperar, por mí no hay inconveniente. De todos modos, le diré que *Herr* Webber no tomaría ninguna decisión financiera sin consultarme a mí.

—O sea, que sería usted, en realidad, quien diría la última palabra.

—Gozo de la plena confianza de *Herr* Webber para estas cosas, ciertamente.

—¿El se ha quedado en Roma?

—Ya se lo he dicho.

—Bien. ¿Será tan amable de esperar aquí unos minutos?

—No hay problema.

Kramer asintió, y se alejó de Klaus Offenbach, para reunirse con Mantini, que le miraba expectante. Kramer le dijo cómo estaban las cosas, y terminó:

—Voy a llamar por teléfono al *Albergo Centrale*, de Roma, para hablar con Adolf Webber, a ver qué dice de esto. Luego, llamaré a Santeobaldi. No quiero meter la pata. No pierdas de vista a ese Offenbach.

—De acuerdo.

Kramer fue en busca de un teléfono desde el cual poder llamar a Roma. Regresó unos diez minutos más tarde, le hizo una seña a Mantini, y ambos se reunieron con el impávido *Herr* Offenbach.

—Señor Offenbach —dijo Kramer—, lamento haberle hecho esperar, pero estoy seguro de que usted comprende mis precauciones.

—No sólo las comprendo, sino que las apruebo. ¿Ha hablado con Adolf?

—Así es. Y con el señor Santeobaldi. Todo está en orden. Cuando usted guste le llevaremos con el señor Santeobaldi.

Klaus Offenbach no dijo nada. Simplemente, agarró la maleta y el portafolios que había encima de ésta, y miró interrogante a Kramer.

Tres minutos más tarde partían hacia la quinta de Pío Santeobaldi.

* * *

Pío Santeobaldi entró en el saloncito donde habían hecho esperar a Klaus Offenbach, y se acercó a éste sonriente, tendiendo la diestra.

—*Herr* Offenbach... Sea bienvenido. Perdone la estupidez de mi empleado por haberle hecho esperar aquí. Debí llevarlo directamente a la reunión.

—No importa —dijo Klaus, estrechando la mano del italiano.

—Ya me han dicho que es usted un hombre comprensivo, lo cual celebro. Espero que también esté a tan alto nivel en cuestiones financieras.

—Tendrá ocasión de comprobarlo.

—Espléndido. Acompañeme, por favor.

Abandonaron el saloncito y pasaron al salón donde además de seis hombres (entre ellos Gimble y Zaehner) estaba cómodamente sentada en un sillón la preciosa rubia Alice Westmoreland, que se quedó mirando con total indiferencia a Offenbach mientras éste era presentado a los demás reunidos, quienes a su vez fueron presentados. Comoquiera que Santeobaldi no hiciera mención alguna de Alice, Offenbach la miró, y simplemente alzó una ceja.

—Oh, la señorita es una invitada británica de excepción —

sonrió Pío Santeobaldi—. Precisamente ahora mismo se iba a dar un paseo.

—¿No va a estar presente? —Mostró extrañeza Klaus.

—No, no. Es una joven simpática y de gran... refinamiento cultural, pero no forma parte de nuestros negocios.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Está como adorno. Vamos, no se preocupe: la señorita Westmoreland es una invitada permanente; quiero decir que nunca saldrá de aquí. Pero puede ir de un lado a otro libremente. ¿No es cierto, señorita Westmoreland?

Ésta miró fijamente a Offenbach, y murmuró:

—Estoy aquí secuestrada. Y ustedes lo pagarán caro.

Pío Santeobaldi se echó a reír, tomó de un brazo a Alice, y la llevó hacia la puerta, empujándola amablemente fuera del salón. Tras cerrar la puerta fue a sentarse en un sillón.

—¿Es cierto que está secuestrada? —preguntó Offenbach.

—Puede decirse así. Uno de nuestros científicos está enamorado de ella, y me ha parecido una atención por mi parte obsequiársela. Señor Offenbach, sin duda preferirá usted conversar sobre temas más interesantes que una mujer, por bonita que sea.

—En efecto.

—Y supongo que todos ustedes. —Santeobaldi fue mirando uno a uno a los siete invitados— han comprendido ya que en un asunto de esta envergadura mi organización espera colaboradores que no se alteren si en determinado momento es... retirada de la circulación una persona molesta. O varias.

—Entendemos lo que quiere decir —deslizó el francés Jean Viroux—. Y ahora, señor Santeobaldi, ¿cuál es el fabuloso negocio que puede producirnos un quinientos por cien de la inversión efectuada?

—Ciencia —sonrió Santeobaldi—. Ciencia, caballeros.

—¿Qué clase de ciencia? —preguntó Zaehner.

—Espacial. Supongo que ninguno de ustedes ha oído hablar del *Proyecto Four Years*. ¿Verdad que no? Lo arreglaremos enseguida: ese proyecto se refiere a una gran plataforma espacial que los Estados Unidos piensan lanzar al espacio dentro de cuatro años. El cometido de esa plataforma es, en principio, estrictamente científico. El proyecto ha sido valorado, de momento, en más de dos

billones de dólares. En Estados Unidos están empezando ya a trabajar en la construcción de esa plataforma.

—¿Y eso nos interesa a nosotros? —preguntó Klaus Offenbach.

—Ya lo creo. ¿Qué les parecería si yo les dijera que tengo todos los planos de esa plataforma espacial?

—¿Los tiene? —preguntó Viroux.

—Los tengo —sonrió Santeobaldi.

—¿Y para qué los quiere? —deslizó amablemente el holandés Van Rij.

—Me gustaría ser yo quien controlara esa plataforma espacial. A tal fin, tengo un equipo de científicos trabajando en ella, Aquí mismo, muy cerca de nosotros. Con los planos...

—Perdone un momento —pidió Offenbach—. ¿Debemos entender que usted está fabricando esa plataforma espacial con los planos de los americanos?

—Así es.

—¿Ha dicho usted dos billones de dólares..., o dos millones? Me refiero, claro está, al costo de esa plataforma.

—He dicho billones. Y para seguir adelante con mi plan necesito ayuda financiera.

Excepto Klaus Offenbach todos quedaron estupefactos. Lo que hizo Offenbach fue sonreír mordazmente, y encender un cigarrillo. Van Rij fue el primero en reaccionar.

—¿Espera usted que nosotros aportemos dos billones de dólares?

—Estoy gestionando contactos con otros muchos personajes como ustedes, señor Van Rij.

—Ya, ya. Pero seamos sensatos, ¿quiere? Jamás podríamos reunir esa cantidad.

—No la he pedido —sonrió de nuevo Santeobaldi—. Por el momento me las iré arreglando con mucho menos. Digamos que con cien millones de dólares podría llevar adelante mis planes.

—No dudo eso, pero el costo total sería, finalmente, de dos billones, ¿no es cierto?

—Yo creo —dijo suavemente Offenbach— que no estamos ante un loco o un imbécil, de modo que nuestro anfitrión ya debe haber comprendido por sí mismo la imposibilidad de conseguir dos billones de dólares. Así pues, evidentemente, la cuestión económica debe tener una solución razonable, partiendo de esos cien millones

de dólares que sí podríamos reunir. Luego, está la cuestión puramente técnica... No entiendo mucho de lanzamientos espaciales, pero sí lo suficiente para saber que una empresa como ésa no puede ser llevada a cabo por particulares. Ni siquiera por muchos países, que no están lo suficientemente avanzados tecnológica y científicamente. Sin embargo, el señor Santeobaldi nos ha dicho que tiene un equipo de científicos trabajando en la construcción de esa plataforma. ¿Hemos entendido bien todo, señor Santeobaldi?

—Si los demás lo han entendido como usted, sí.

—De acuerdo. Y ya hemos convenido en que usted ni está loco ni es imbécil. Entonces... ¿de qué se trata realmente?

—*Herr* Offenbach: la planificación de mi proyecto requiere ayuda financiera inmediata. Tengo que pagar a los técnicos y científicos, otra clase de personal, material de alta precisión... ¡Muchas cosas! El resultado final, tras un desembolso total que he calculado en mil millones de dólares, será que cada uno de ustedes percibirá cinco millones por cada millón aportado.

—Muy bien. ¿Cómo conseguirá usted semejante cantidad? Debemos entender que será dentro de cuatro años y relacionado de un modo u otro con la plataforma espacial, pero... ¿cómo? ¿Qué se propone usted realmente? Ésa es la pregunta clave, y espero que todos estarán de acuerdo conmigo.

Nadie dijo una palabra. Simplemente, miraban a Santeobaldi, quien comprendió que todos los presentes hacían suyas las palabras de Offenbach. Pío Santeobaldi titubeó visiblemente antes de decir:

—Señor Offenbach, usted ha estado en lo cierto al decir que yo no podría jamás lanzar esa plataforma al espacio, aunque llegara a poder construirla. Y claro está, no pretendo semejante cosa.

—¿No pretende lanzar su plataforma? Eso me parece sensato. Entonces, ¿qué es lo que pretende?

—Robarla.

—¿Perdón? —Alzó una ceja Klaus.

—Robarla. Robar la plataforma espacial de la N. A. S. A., la que habrán construido ellos.

—Robarla... —asintió Offenbach, como si estuviera hablando con un niño—. Entendido. ¿Puede decirme no ya cómo piensa

hacerlo, sino el tamaño de esa plataforma espacial?

—Tendrá una longitud de cuarenta y cinco metros, una anchura de quince, y una altura de dos pisos.

El silencio que siguió fue impresionante. Instintivamente, todos miraron a Klaus Offenbach, que tras mover la cabeza dijo:

—No quisiera parecer sardónico, pero me parece que esa plataforma no sería fácil de meter en un camión, un avión, o cualquier otro medio de transporte, señor Santeobaldi.

—No. Simplemente, nos la llevaremos al espacio.

Ahora sí, ahora, incluso Klaus Offenbach se quedó mirando atónito al hombrecillo de escaparate.

—Según parece —susurró—, hemos llegado al cómo. O sea, que la robaremos llevándonosla al espacio. ¿De qué modo?

—Mañana les mostraré a ustedes mi... factoría, donde estamos construyendo un facsímil de la plataforma espacial de la N. A. S. A.

Y he dicho un facsímil. Un duplicado exacto, en realidad, aunque mucho menos costoso, ya que los instrumentos de precisión y control serán ficticios en su parte material, pero muy instructivos respecto a su funcionamiento. Digamos, pues, que los técnicos que durante cuatro años se estarán preparando aquí serán capaces de controlar la plataforma que están construyendo allí. De modo que sólo tendremos que meterlos en la plataforma y lanzarlos con ella al espacio. A partir de ese momento, la plataforma será nuestra, ya que desconectaremos los mandos que permitan manejarla desde tierra.

—¿Quiere decir que los propios americanos lanzarán esa plataforma... con los hombres de usted dentro de ella? —exclamó Viroux.

—Exactamente. Utilizaremos sus instalaciones para el lanzamiento, se entiende. Todo lo que tenemos que hacer nosotros aquí es aprender a manejarla. Y con el facsímil, sabremos hacerlo.

—¡Eso es una locura! —jadeó Zaehner.

—Y otra cosa —intervino Gimble—: ¿cómo nos apoderaríamos de la plataforma?

—Eso es fácil de resolver contando con dinero. Es mi intención formar un ejército de hombres especiales, bien entrenados, que en el momento oportuno tomarían por asalto Cabo Kennedy. Estarían

en el lugar oportuno en el momento oportuno, llegarían perfectamente disciplinados y siguiendo planes perfectos de invasión, por tierra, mar y aire. Nos apoderaríamos de todo, y podríamos hacer lo que nos diese la gana en la base..., incluyendo el lanzamiento de la plataforma con nuestro personal en su interior. Como ven, voy a necesitar mucho dinero para preparar eso. Mil millones de dólares. Lo demás será fácil, ya que cada personal de asalto, cada técnico, cada científico preparado aquí, sabrá lo que tiene que hacer en todo momento para que, en la hora establecida, la plataforma sea lanzada al espacio.

—¿Y entonces...? —inquirió Klaus.

—Pediremos quinientos mil millones de dólares por ella. En oro, diamantes, billetes de varios países, y lotes de uranio refinado.

Jean Viroux se puso en pie, casi corrió hacia la mesita donde estaban las bebidas, y se sirvió con manos temblorosas una doble dosis de coñac, que casi ingirió de un solo trago. Luego, comenzó a toser.

—Según parece —dijo por fin Klaus—, usted conseguiría quinientos mil millones de dólares, señor Santeobaldi, si es que pagaban.

—Pagarían. La plataforma valdrá muchísimo más, y no querrán que la destruyamos.

—Ya. Bueno, si entre todos nosotros le prestamos a usted mil millones de dólares, y usted nos devuelve cinco mil millones, yo diría que su parte es bastante más sustanciosa que la nuestra. Cuatrocientos noventa y cinco mil millones de dólares para usted me parece un poco... desproporcionado.

—Herr Offenbach, sin duda recuerda usted, si el señor Webber le ha informado de ello, que en todo momento yo he hablado de un premio especial para mis colaboradores. Le aseguro que llegaríamos a un acuerdo. Si el señor Webber invierte, por ejemplo, cincuenta millones de dólares, percibiría dentro de cuatro años doscientos cincuenta millones. ¿Qué le parecería al señor Webber un premio especial de colaboración de otros dos mil quinientos millones?

—Creo que le parecería muy bien —sonrió Klaus.

Van Rij corrió a servirse un trago de *whisky*. Los demás estaban petrificados. De pronto, el hasta entonces hermético belga Naerens exclamó:

—Pero... ¿eso puede hacerse?

—Yo diría que sí —asintió tranquilamente Offenbach—. Ahora bien, todo puede fracasar en el último momento. Y en ese caso, señor Santeobaldi, me gustaría saber qué pasaría con nuestro dinero invertido en la operación.

—Todo entraña un riesgo, *Herr* Offenbach. Como en la ruleta. Sólo que en este caso, el premio es bastante mayor, ¿no le parece?

—Me parece que no tendré más remedio que consultar con Adolf. Francamente, no esperaba nada como esto.

—Es comprensible. Bien, caballeros, no necesitan darme su respuesta ahora mismo, ya que me hago cargo de su impresión. Piénsenlo con tranquilidad. Mientras tanto, por favor. —Pió Santeobaldi sonrió ampliamente—, considérense en su casa y disfruten todo cuanto puedan. La cena será a las ocho.

CAPÍTULO VII

Después de la cena, a la que, curiosamente, asistió la señorita Westmoreland como una invitada más, todos pasaron al salón donde se sirvieron licores y café. La conversación había sido variada, sin que nadie mencionase en ningún momento nada relacionado con los proyectos de Pío Santeobaldi. Como si se tratase de una tranquila reunión de amigos.

—Una cena exquisita, ¿no es cierto, *Herr Offenbach*? —Se dirigió a éste Alice Westmoreland, en el salón.

—En efecto. Y me permito observar que tiene usted un excelente apetito..., a pesar de su desagradable situación de secuestrada. Supongo que fue una broma.

—Desde luego que no.

—En ese caso admiro su facilidad de adaptación a las circunstancias.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Supongo que conoce usted esa regla de oro para la supervivencia: si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él.

—La conozco. Es conveniente, sin duda, pero... poco digna.

—Amigo mío, la vida vale más que la dignidad. ¿O no?

—Tal vez. Tengo entendido que es usted algo así como un... obsequio para cierta persona que no conozco. Un juguete sexual, diría yo. Espero que eso no le cause demasiados trastornos. De tipo emocional, quiero decir.

—Siempre he procurado estar a la altura de las circunstancias. ¿Por qué es usted tan alto?

—Bueno —sonrió Klaus—, usted no es precisamente una enana, señorita Westmoreland.

—Es verdad... ¿Crees que nos estarán escuchando todavía? —

preguntó de pronto Alice, en voz más baja y hablando en ruso.

—Me parece que ya no —persistió en su sonrisa Offenbach—, pero ten cuidado.

—Ese bigote que llevas es horrible —dijo Alice—... ¡Y te has teñido el pelo de rubio! ¡Me parece nauseabundo!

—Tú te has teñido otras veces de cualquier cosa, y te has disfrazado hasta de pordiosero —recordó Offenbach—... ¿Te has enterado de algo que valga la pena?

—No. Pero supongo que tú sí.

—Ese tipo está loco —aseguró Offenbach—, pero es una locura peligrosa que podría llevarse a término. Cuando digo loco no quiero decir que esté desequilibrado, inutilizado mentalmente, sino desbordado por su ambición.

—¿Y si se te despega el bigote? —se alarmó graciosamente Alice.

—Si tal cosa llega a ocurrir me parece que tendríamos que hacerles a estos caballeros una demostración de nuestro mal genio cuando alguien nos molesta. A propósito: ¿piensas recibir esta noche a Kennelly en tu cama?

—¿Qué me aconsejas? —rió Alice.

Un poco más allá, formando círculo alrededor del café y los licores servidos en una circular mesa baja, Pío Santeobaldi volvió la cabeza al oír la risa de la muchacha. Jean Viroux comentó:

—Parece que han hecho buenas migas *Herr* Offenbach y la chica.

—Es comprensible —sonrió con indulgencia Santeobaldi—. Ninguna mujer le pondría mala cara a nuestro impresionante *Herr* Offenbach, ¿no les parece?

—Es un hombre atractivo, desde luego —dijo el obeso Van Rij—. Y muy inteligente. Sin embargo, nunca me gustaron los intermediarios. Debió venir Adolf Webber.

—Hablé con él esta tarde —dijo Santeobaldi—: sigue en su hotel de Roma, atendiendo dificultades imprevistas por teléfono. Se disculpó de mil maneras, y me aseguró repetidamente que *Herr* Offenbach goza de toda su confianza.

—Me gustaría saber de qué están hablando tanto —dijo Zahner, moviendo apenas la cabeza hacia Klaus y Alice.

—En mi opinión —casi rió Santeobaldi, divertido en verdad—, al pobre profesor Kennelly le ha salido un rival de envergadura. No

me sorprendería que la señorita Westmoreland decidiera prescindir de él y pasar la noche con nuestro *Herr* Offenbach.

—¿Lo permitiría usted? —preguntó Viroux.

—Amigo mío, el profesor Kennelly es... un empleado mío, por decirlo de modo bien expresivo, y, en cambio, el señor Offenbach representa a uno de mis más interesantes posibles socios. Si *Herr* Offenbach y la señorita Westmoreland deciden pasar la noche juntos, incluso soy capaz de casarlos.

La carcajada fue unánime, y se dio por hecho que el apuesto *Herr* Offenbach iba a pasar una noche muy agradable.

Por eso, más tarde, les sorprendió a todos que *Herr* Offenbach, alegando una cierta fatiga debida al viaje desde Hamburgo a Roma y luego de Roma a Sicilia, se despidiera cortésmente y se retirara a descansar. La sorpresa fue completa cuando Alice Westmoreland aseguró que no pensaba acostarse hasta que su simpático amigo, el profesor Kennelly, decidiera hacerlo también.

* * *

Arnold Kennelly cerró la puerta de su habitación, se volvió hacia Alice, y la abrazó con impetuosa torpeza.

—Alice, no sé qué decir —susurró—. Gracias, querida.

No sé cómo agradecerle que me haya esperado hasta tan tarde...

Ella le dio un besito en un lado de la boca, y sonrió dulcemente.

—He comprendido perfectamente que por ser el primer día tenías que adaptarte a tu cometido... Pero me parece que me has engañado: no eres un profesor de Matemáticas.

—Eso lo dijiste tú —sonrió Kennelly, poniendo ahora las manos sobre sus pechos—. ¿Te ayudó a desnudarte?

Alice Westmoreland suspiró consternadísima.

—¿También tú, Arnold? —murmuró.

—¿Qué quieres decir?

—Todos esos hombres han estado acosándome como... como si fuese una perra. He tenido que estar esquivándolos continuamente, y sólo deseaba el momento en que aparecieras tú para sentirme más limpia. Pero está visto que no puedo escapar de vuestros deseos.

—Bueno, Alice... —Casi tartamudeó Kennelly—. Al venir conmigo aquí me ha parecido que...

—Sólo quería estar con alguien que no me ensuciara con la mirada. De todos modos está bien, te comprendo. Desnúdame, si ése es tu gusto, y hagámoslo. Procuraré ser complaciente contigo.

Kennelly retiró las manos, y retrocedió, pálido.

—No... Así no.

—Oh, vamos, no seas tonto: sólo se trata de hacer el acto sexual, y no debe importarte que yo desee hacerlo o no.

—No —negó con la cabeza Kennelly—. No, no, no. Así no. Pero me gustaría saber por qué has querido pasar la noche conmigo, entonces.

—Sólo quería charlar, como siempre. Estar juntos, como buenos amigos. No esperaba que tú me decepcionases también, Arnold.

—Lo siento. ¡Lo siento!

—Bueno, no te preocupes —sonrió Alice; se acercó a él y le besó en una mejilla—. Insisto en que si quieres hacerlo...

—¡Qué no!

—Entonces, hablemos —rió Alice, aliviada; lo llevó al sillón, lo sentó, y se sentó en sus rodillas—. Como buenos amigos..., por el momento. Dime qué has estado haciendo todo el día. ¡Y sobre todo dime por qué me dijiste que eras profesor de Matemáticas si no es cierto! ¿Qué eres, Arnold? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué es lo que ocurre?

—Creo que será mejor que hablemos de otras cosas, Alice.

—No —se enfadó ella—. Ese amigo tuyo, el señor Santeobaldi, no piensa dejarme marchar nunca de aquí, y me gustaría saber qué ocurre, y en qué clase de contrabando o negocio sucio me he metido por intimar contigo. ¡Oh, Arnold, tienes que decírmelo todo...! ¡No podría dormir contigo si desconfiaras de mí!

—¿Dormir conmigo? —Respingó Kennelly—. ¡Pero si estás diciéndome que...!

—He dicho dormir —rió ella—, no otra cosa. Hay una sola cama en esta habitación, de modo que la compartiremos como buenos amigos que somos.

—Eso es muy cruel por tu parte, Alice —jadeó el profesor.

—Más cruel me parecería darte de mala gana esta noche lo que quizá más adelante esté deseando otorgarte voluntariamente. Oh, Arnold, tienes que estar muy cansado, además. De modo que dime todo eso y pongámonos a dormir...

—Caballeros, muy buenos días —saludó Pío Santeobaldi—. Como les dije ayer...

—Buenos días, señor Santeobaldi —saludó Alice, que también esperaba en el salón con los presuntos futuros socios.

—Buenos días, señorita Westmoreland —la miró aviesamente Santeobaldi—. Pero si quiere que lo sean de verdad para usted, no moleste. Usted es aquí como un objeto decorativo que podemos colocar en cualquier lado, y que toleraremos mientras no moleste. Pasee, tome el sol, lea... Pero, por favor, deje de hacernos notar su presencia, podría irritarme. ¿Está claro?

—Es usted el más antipático de la reunión —dijo Alice—, pero no me importa, porque además es el más feo.

Sonaron un par de risitas contenidas en el salón. Pío Santeobaldi palideció ligeramente, su mirada pareció querer atravesar a la bellísima rubia, y acto seguido se desplazó hacia los hombres.

—Como les dije ayer, esta mañana voy a tener la satisfacción de demostrarles que no les expuse fantasías. De modo que vamos a trasladarnos a mi faetón a para que puedan ver los preparativos iniciales...

—¿Puedo ir yo? —preguntó Alice.

—No. Y si vuelve a molestarme, señorita Westmoreland, la echaré a mis perros.

—Yo de usted —sonrió amablemente Klaus Offenbach—, mantendría cerrada esa preciosa boca, señorita Westmoreland.

Ésta apretó los labios, y eso fue todo. Santeobaldi se dirigió hacia la puerta, la abrió, y se colocó a un lado.

—Espero que todos hayan desayunado a su gusto —dijo—. Y ahora, prepárense para ver algo que...

La puerta se cerró tras él, que salió en pos del último invitado. La señorita Westmoreland quedó sola. Ella y el bigotudo Klaus Offenbach sabían ya prácticamente todo lo que necesitaban saber, incluso lo sucedido en Miami con respecto a Simon Kinkaid y Jeffrey De Brando, que había resultado ser un traidor de altos vuelos, según la información que había sonsacado sin problema alguno a Arnold Kennelly. En realidad, ¿qué estaban esperando? Lo que tuvieran que hacer podían y tenían que hacerlo ya.

Pero, en fin, no importaba esperar un poco más. Quizá sería conveniente que él viera los preparativos de la plataforma espacial...

Mientras tanto, afuera, caminando por detrás de la quinta, Santeobaldi y sus invitados estaban llegando a la entrada de las grutas, disimulada con una mole que parecía de roca viva y que era simplemente cartón piedra. Abierta la entrada, encontraron dentro a los dos vigilantes armados, que recibieron la orden de permanecer allí. Santeobaldi y los demás se fueron adentrando por los pasillos, mientras él explicaba cómo eran las grutas, tal como hiciera antes con Arnold Kennelly.

—Todo eso está muy bien —dijo Offenbach, cuando la explicación terminó—, pero resulta un escondrijo un tanto peligroso, ¿no le parece? Dudo mucho que la gente de estos lugares desconozca que aquí hay grutas.

—Oh, lo saben perfectamente, y han estado en ellas muchas veces..., hasta que yo compré estos terrenos. Ahora son propiedad privada, y aparte de eso no interesan a nadie. Ni siquiera a posibles espeleólogos, quienes antes de emprender una de sus expediciones se aseguran bien de que vale la pena el gasto y el riesgo. A poco que se informen sabrán que estas grutas no valen la pena. No se preocupe, *Herr Offenbach*: nadie nos molestará nunca aquí dentro.

—Esperemos que sea así.

Poco después, el grupo llegaba a la gran gruta donde se trabajaba en la fase preliminar de la construcción de la plataforma. Santeobaldi les mostró los gigantescos planos, les fue dando explicaciones de todo... El grupo le seguía de un lado a otro y le escuchaba en silencio. Estaban impresionados, ciertamente.

—¿Qué pasaría si debido a cualquier accidente esos planos fuesen destruidos? —señaló Klaus.

—¡Por favor, *Herr Offenbach*! No es fácil que aquí se propague un incendio, pero si así fuese tengo bien guardado el microfilme original con las fotografías de los planos. Podemos obtener cuantas copias queramos siempre que las necesitemos.

—Según parece, todo está previsto. Se lo diré así a Adolf, pero me parece que él querrá verlo todo con sus propios ojos.

—No hay ningún inconveniente, por supuesto. Bien, sigan ustedes mirando y cambiando impresiones, caballeros. Yo voy a ver

si alguno de nuestros... empleados necesita algo especial.

Santeobaldi se alejó del grupo con este pretexto, pero en realidad porque hacía ya un par de minutos que estaba captando los gestos de llamada de Arnold Kennelly. De todos modos, no se dirigió a él enseguida, sino que antes conversó con naturalidad con otros técnicos. Finalmente, llegó ante Arnold.

—¿Quiere usted decirme algo, profesor?

—Escuche, ese hombre, el más alto..., ¿quién es?

—Se llama Klaus Offenbach, y es el enviado de uno de mis futuros socios financieros. Pero no se preocupe, no parece sentir especial interés sexual por la señorita Westmoreland, así que...

—No estoy pensando en nada de eso —enrojeció Kennelly—. Es que me parece que le conozco.

—¿A Offenbach? ¿De qué?

—Bueno, no estoy completamente seguro, pero yo diría que es el hombre que pasó cerca de mí y de Alice en la playa, el otro día. Me fijé bien en él porque es... Bueno, es un hombre impresionante, ¿no le parece?

Tensa la expresión, Santeobaldi se colocó de espaldas al grupo, de modo que no pudieran verle.

—¿Ese hombre estaba cerca de usted y de la chica? ¿Está seguro?

—Ya le digo que seguro no estoy. Además, no llevaba lentes, ni bigote... ¡Demonios, yo diría que es él! Pasó por la playa vestido, cerca de nosotros, ya le digo.

—No comente esto con nadie —susurró Santeobaldi—. Siga con su trabajo, olvide este asunto. ¿De acuerdo? Y gracias, profesor.

—¿Hay algún problema que...?

—Nada que no se pueda resolver fácilmente.

Una hora más tarde, mientras sus futuros socios cambiaban de nuevo impresiones en el salón, Pío Santeobaldi hablaba con James Kramer y Guido Mantini fuera de la casa. No muy lejos de ellos, sentada con la espalda apoyada en un pino, tomando el sol, la señorita Westmoreland parecía dormir. No había perro alguno a la vista, pero sí un par de hombres vigilando el exterior de la finca.

—¿Y qué puede significar todo eso? —preguntó Kramer cuando Santeobaldi les hubo informado del asunto.

—Ante todo, esperemos que Kennelly se haya equivocado —

gruñó el menudo italiano—, pero si no es así, me pregunto qué hacía Offenbach en la playa cuando se supone que debía estar en Hamburgo. Además, no llevaba bigote.

—Pues en dos o tres días un bigote no se... —empezó Mantini.

—No seas idiota —gruñó Kramer—. Lo que el señor Santeobaldi quiere decir es que ese bigote puede ser postizo.

—Eso, entre otras cosas —asintió Santeobaldi, mirando a Alice—. Pero lo más preocupante es que podemos habernos equivocado de medio a medio con la señorita Westmoreland. Es decir, que si alguien estaba vigilando a Kennelly no era ella sino Offenbach..., que quizá ni siquiera se llame así.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo más simple y seguro. Os vais al aeropuerto, subís a la avioneta, y vais a Roma, al *Albergo Centrale*, a visitar a Adolf Webber, para que os ratifique la personalidad de Offenbach. Aseguraros de que todo está correcto en torno a Webber. ¿Entendido? Mientras tanto, yo entretendré aquí a Offenbach. Y si no es lo que dice... ¿Vais armados?

—No.

—Id a la casa a por vuestras armas. Y llevad silenciadores. Luego, coged un coche del garaje y marchaos. No perdáis tiempo.

—Descuide.

Se dirigieron los tres hacia la casa. Santeobaldi se metió en su despacho, preocupado. Preocupadísimo, porque si Klaus Offenbach no era lo que debía ser sabía tanto que si escapaba podía hundir todos sus planes... Se sumió en meditaciones.

Mientras tanto, Kramer y Mantini se procuraron las pistolas y los silenciadores, salieron de la casa, y se encaminaron hacia el garaje. Ninguno de los dos reparó en que la señorita Westmoreland ya no estaba tomando el sol. Ni siquiera se acordaban de ella.

Tuvieron que recordarla apenas entrar en el garaje, porque la rubia apareció ante ellos. Kramer se sobresaltó, pero acto seguido sonrió burlonamente, dispuesto a decir algo... Entonces vio la diminuta pistola en la mano de Alice Westmoreland, y quedó con la boca abierta.

—La tenía escondida en una esquina con doble fondo de mi maleta —dijo la señorita Westmoreland—. Soy muy habilidosa. Entre otras cosas, sé lo que han hablado hace unos minutos con

Santeobaldi: lo leí en sus labios. Caminen hacia el fondo del garaje.

—Pero ¿qué demonios...? —masculló Mantini.

—Obedezcan.

Los dos se dirigieron hacia el lugar indicado, esperando un descuido por parte de Alice. Descuido que, naturalmente, no se produjo. Al llegar al fondo del garaje se quedaron mirándola expectantes.

—¿Y ahora qué? —Gruñó Kramer.

—Ustedes son un par de asesinos. Y entre otras personas asesinaron en Estados Unidos a Simón Kinkaid. Descanse en paz el buen Simón..., y ustedes váyanse al infierno.

Plof, plof, chascó la pequeña pistola.

Kramer y Mantini murieron prácticamente al mismo tiempo, ambos con una expresión de sorprendida alarma en el rostro. Entre las cejas de ambos apareció un diminuto agujero rojo oscuro. Kramer cayó hacia atrás, y Mantini se arrugó como una cuerda en vertical soltada de pronto.

La señorita Westmoreland se guardó la pistolita en el escote, asió a Mantini por los sobacos, y lo llevó hacia un coche «Mercedes», cuya tapa del maletero ya estaba abierta. Metió dentro el cadáver de Mantini, hizo acto seguido lo mismo con el de Kramer, cerró el maletero, y salió tranquilamente del garaje, dirigiéndose hacia la casa.

Unos sesenta metros más allá, uno de los vigilantes, metido entre los pinos, la observaba, inmóvil, entregado a fantasías sexuales en las que él y la preciosa rubia eran los protagonistas. Se desentendió de ella cuando la vio entrar en la casa.

Y ya en ésta, la señorita Westmoreland se dirigió hacia el salón, donde se oía el rumor de conversaciones.

CAPÍTULO VIII

Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta del salón, todas las miradas quedaron fijas en la señorita Westmoreland, que sonrió encantadoramente, y preguntó:

—¿Les molesto a ustedes, caballeros?

—Francamente, sí —dijo Otto Zaehner—. Siga paseando, señorita. El día es espléndido.

—Vamos, vamos —sonrió Offenbach—, no seamos tan rudos con la señorita Westmoreland. Tal vez podamos ayudarla en algo. ¿Es así, señorita?

—Ya que es usted tan amable, sí, *Herr Offenbach*: venía a pedir la ayuda de uno de ustedes.

—No faltaba más. —Klaus guiñó un ojo a los demás—. Sigan ustedes, por favor. Yo regreso enseguida.

Sin dar tiempo a ninguna reacción, Klaus se acercó a Alice, la tomó de un brazo, y salieron del salón. Uno de los criados los miró inexpresivamente.

—En realidad es una tontería, *Herr Offenbach* —dijo Alice—, pero me gustaría que usted me diera su opinión al respecto. He visto junto a un pino...

Salieron de la casa, alejándose de las posibilidades auditivas del criado. Klaus Offenbach preguntaba:

—¿Tal vez ha visto usted una flor exótica, señorita Westmoreland?

—Kennelly te ha reconocido. Pasaste por la playa cerca de nosotros cuando me indicaste la radio para advertirme que querías hablarme.

—Sí, lo recuerdo. Y ya me lo temía. Los vi hablar en la gruta.

—Kramer y Mantini se disponían a ir a Roma a ver a Webber.

—Ya. Se habrían llevado una sorpresa, pues lo tengo allá, así como a sus guardaespaldas, bajo la custodia de dos o tres compañeros, que dirigen sus acciones. Bueno, ¿qué ha sido de Mantini y Kramer?

—Están muertos. Tenía que hacerlo, de todos modos.

—Claro. Bien, parece que no tenemos necesidad de seguir con el juego de los tontos. Empezaba a molestarme el bigote.

—A veces me sorprende tu sentido del humor —sonrió Alice—. De verdad, eres desconcertante. ¿Estamos solos en este lugar?

—Claro que no —gruñó Offenbach—. Ayer por la mañana temprano, antes de preparar mi regreso aquí como Klaus Offenbach, te llamé a la pensión de Taormina. Cuando me dijeron que te habías marchado la noche anterior con dos amigos, al mismo tiempo que Arnold Kennelly, comprendí que de nuevo te habías complicado la vida, y pedí ayuda latente. En estos momentos debe haber cerca de esta quinta varios de los nuestros. No sé cuántos. Quizá dos, quizá cien. Sólo tengo que llamarlos por la radio.

—Creo que antes deberíamos clarificar un poco las posiciones en este lugar. Ya sabes que no me gustan los tiroteos.

—Porque en ellos puede morir alguno de nuestros compañeros, lo sé. Está bien, ¿qué sugieres?

—Dime antes qué has visto esta mañana.

Klaus Offenbach asintió, y lo explicó todo en menos de dos minutos, con una precisión absoluta. Los dos vigilantes estaban ahora al alcance de su vista, observándolos.

—¿Has visto los perros? —preguntó Alice.

—No.

—Pues habrá que tener mucho cuidado con ellos: son más peligrosos que los hombres.

—Ya sé todo eso. Bien, quizá te guste la idea que acabo de tener: debemos liquidar a ese chiflado, desde luego, pero no podemos dejarnos atrás los planos del *Proyecto Four Years*, de esa maldita plataforma espacial. Y esos planos, ampliadísimos, están en la gruta. Así que hay que sacarlos. Yo lo haré. Luego, me encargaré de Santeobaldi.

—Espléndido —dijo con sarcasmo Alice—. ¿Qué hago yo mientras tanto? ¿Me dedico a recoger flores?

—Idea aceptada.

—Nada de eso. Tú ve a por esos planos, y yo me encargo de Santeobaldi. ¿Dónde está?

—En su despacho. Pero...

—Vamos, mi amor —sonrió Alice—. ¿Qué te pasa? ¿Temes que me lastimen? El juego de los tontos ha terminado, recuérdalo. Y por otra parte, si las cosas se te ponen difíciles allá dentro, será muy conveniente que yo tenga bajo control al muñeco de escaparate.

Klaus Offenbach vaciló. Por fin, soltó un gruñido, y asintió.

—No te descuides con él —murmuró—. Es un mamarracho físicamente, pero no es tonto.

—Yo tampoco —aseguró Alice.

Regresaron ambos hacia la casa. Alice entró, Klaus hizo un gesto como quien de pronto recuerda algo, y se dispuso a rodear la quinta para dirigirse hacia la gruta.

Llegó a ésta sin tropiezo alguno. Por supuesto, el vigilante de aquella zona le vio, pero no hizo nada. Se limitó a mirarlo. Klaus efectuó la llamada a la roca de cartón piedra, y la entrada apareció ante él. Los dos hombres armados se quedaron mirándolo expectantes.

—¿Viene usted solo? —preguntó uno de ellos.

—Así es. Cierren la entrada. El señor Santeobaldi me ha autorizado a venir solo a hacer una comprobación ahí dentro... ¿Qué les pasa? ¿No lo creen?

Los dos hombres le miraban fijamente. Uno de ellos movió la cabeza, y forzó una sonrisa.

—Bueno, señor, no dudamos de su palabra, pero las órdenes severas del señor Santeobaldi en ese sentido no pueden incumplirse. Si no le molesta, mi compañero irá a la casa para...

No dijo más. El puñetazo de Klaus Offenbach, un directo escalofriante en plena barbilla, lo mató en el acto al partir ésta y, como sacudida subsiguiente, la base del cráneo. El otro hombre palideció y lanzó una exclamación al mismo tiempo, y sus manos se crisparon sobre la metralleta que pendía de su cuello por medio de la correa.

Klaus Offenbach dio un paso hacia él, con la mano izquierda apretó la metralleta plana contra el cuerpo del hombre, y el puño derecho entró de nuevo en funciones. El impacto, ahora en un cruzado alucinante, alcanzó al vigilante de la gruta en el lado

izquierdo del mentón, y le hizo girar la cabeza violentamente, como si el cuello fuese de goma. El hombre puso los ojos en blanco, giró, y cayó de bruces sobre la metralleta, no muerto, pero en estado de coma. Klaus movió la cabeza al comprobar esto, y, sin más, se apresuró a cerrar la entrada, se apoderó de ambas metralletas y, se adentró en el laberinto de piedra.

Cuanto antes terminase, antes podría reunirse de nuevo con ella. Sabía que ella no le necesitaba, pero no podía evitarlo: nunca estaba tranquilo cuando la dejaba actuar sola.

* * *

—Lo siento, señorita Westmoreland regresó el criado ante la rubia. —El señor Santeobaldi tiene la puerta cerrada, y me ha dicho bien claramente a través de ella que no puede recibirla a usted. Está muy ocupado.

—Si esa puerta no estuviera cerrada con llave, yo ya habría entrado, lo quisiera él o no. ¡El no entiende! Dígale que es algo importantísimo, que tengo que decírselo ahora mismo... ¡Dígame que es algo relacionado con el señor Offenbach!

Esto fue definitivo. El criado volvió a llamar a la puerta del despacho, pasó la información, y, casi enseguida, la puerta se abrió. Santeobaldi apareció, lanzando una mirada de vivo interés a Alice.

—¿Qué pasa con *Herr* Offenbach? —exclamó.

—Ssst —se llevó Alice un dedito a los labios—. ¡No grite!

—Está bien. —Santeobaldi se apartó—. Entre.

Alice entró, Santeobaldi cerró la puerta, y se encaró con ella.

—¿Qué pasa con Offenbach? —repitió.

—Me parece que por fin he recordado dónde le había visto antes. No es que esté muy segura, pero...

—¿En la playa de Lido Mazzaró?

—¿Cómo lo sabe? —exclamó la hipócrita espía.

—Maldita sea... ¡De modo que es cierto, Kennelly no está equivocado! ¡Nos hemos equivocado con usted, señorita Westmoreland! Todo lo que sospechábamos de usted habrá que aplicarlo ahora al señor Offenbach.

—¡Ya les dije que...!

—Está bien, está bien, tranquilícese. ¿Qué más sabe de él?

¿Puede recordar más cosas? Tanto de aquí como de Lido Mazzaró...
¿Lo vio con alguien?

—No... Eso no. Pasó por la playa solo. Es la única vez que le vi, pero estoy segura de que era él. Incluso hicimos comentarios cuando lo vimos Arnold y yo. Dijimos...

—Sí, sí, sí, ya sé eso. Bien... ¡Bien!

—¿Y qué pasa conmigo ahora? ¿Puedo marcharme?

Pío Santeobaldi se quedó mirándola atónito. De pronto, se echó a reír, y fue a sentarse tras su mesa, señalando uno de los sillones.

—Siéntese, señorita Westmoreland.

—¡No me da la gana! Escuche, no sé lo que están tramando usted y toda esa gente, pero yo no tengo nada que ver en ello, ¿verdad? De modo que todo lo que quiero es marcharme. Oh, bueno, a menos que esté usted dispuesto a retenerme aquí con un buen sueldo y bien atendida. Porque al fin y al cabo, no se está tan mal, ahora que ya no existe el equívoco sobre mi persona. Usted pensaba matarme. ¿No es cierto?

—Lo es —sonrió Santeobaldi.

—Pero ya no lo piensa, así que... tal vez podamos ser amigos. Usted me entiende.

—No estoy muy seguro —persistió Santeobaldi en su sonrisa—. Sea más explícita, por favor.

—Quiero decir que yo podría quedarme aquí trabajando para usted.

—Ah. Ya, sí, ahora entiendo. Bueno, en definitiva, se trata de incorporarla a mi... plantilla de colaboradores. Pero no sé si usted encajaría en todo esto, señorita Westmoreland.

—¿Por qué no? ¡Soy una chica muy decidida! Dígame todo lo que usted está preparando y ya verá como encontramos el modo que yo encaje en ello.

—Quizá sea una buena idea, después de todo. Sí, hablemos sobre el asunto... Pero siéntese, por favor, siéntese.

Señaló de nuevo el sillón, y Alice se sentó. Santeobaldi la miraba amablemente. Tan amablemente que, como algo todavía lejano y amortiguado, comenzó a sonar la alarma en la mente de la espía. Una alarma indefinible.

—Verá usted —dijo Santeobaldi—, lo que estoy tramando es algo relacionado con el *Proyecto Four Years* de los Estados Unidos...

De la

N. A. S. A.,

concretamente. ¿Conoce usted algo sobre ese proyecto?

—Claro que no.

—Bueno, se trata de colocar en órbita alrededor de la Tierra una plataforma espacial que contendría un laboratorio estrictamente científico. Mi plan consiste en apoderarme de esa plataforma espacial...

—¡Pero eso es imposible!

—No lo crea. Sin embargo, no voy a entrar ahora en detalles con usted. Vayamos directo a lo esencial. Una vez la plataforma espacial esté bajo mi control... ¿sabe qué ocurrirá?

—No... ¿Qué ocurrirá?

—A todos aquellos que les hago la propuesta de asociarse conmigo les digo que pediremos un rescate de quinientos mil millones de dólares por la plataforma. Y para ellos, eso es todo. Un golpe de audacia y la fortuna interminable para siempre, con todo el poder que eso conlleva. Pero incluso con quinientos mil millones de dólares yo no me consideraría suficientemente poderoso, de modo que he... programado una segunda parte de mi plan que solamente yo conozco. ¿Le gustaría escucharlo?

La alarma comenzó a sonar ya nítidamente en las facultades superdesarrolladas de la espía. Miró a todos lados, como buscando algo, y volvió a clavar su azul mirada en los pequeños ojos del muñeco de escaparate..., que se le empezaba a mostrar en su auténtica dimensión.

—Sí, me gustaría escucharlo —murmuró.

—Supongamos que, en efecto, consigo apoderarme de la plataforma espacial. Bueno, en realidad es seguro que lo conseguiré. Supongamos, entonces, que ya está bajo mi control, orbitando la Tierra. Yo pido el dinero a cambio de la plataforma, me lo dan, y asunto terminado. ¿Le parece correcto esto, le parece... digamos normal y posible?

—¿No?

—Claro que no. En cuanto hubiera devuelto la plataforma espacial mi vida no valdría un centavo. Mis socios anónimos sí, seguramente podrían disfrutar de su parte. Habrían puesto un dinero, cobrarían una buena recompensa por ello, y sabrían...

camuflarse. Pero para mí sería imposible. ¿Cómo podría esconderse un hombre que tendría casi quinientos mil millones de dólares? Tal cosa es imposible. La

C. I. A.,

el

F. B. I.,

la Policía, el Servicio de Seguridad, la Inteligencia Militar... ¡qué sé yo!, todos me rastrearían, y acabarían por encontrarme. Ni siquiera tendría la alternativa de pedir refugio en Rusia, porque lo primero que harían los rusos sería quedarse con mi fortuna y convertirme en un Don Nadie o sencillamente eliminarme. Y lo mismo cualquier otro país, fuese o no amigo de los Estados Unidos. ¿No le parece?

—Lo que usted dice es sensato, sí.

—¿Verdad? Entonces... ¿qué podría hacer yo para asegurarme de que mis proyectos personales no podrían ser alterados jamás por nadie?

—No lo sé.

—Se los voy a explicar. Cuando la plataforma estuviese bajo mi control, sería cargada con bombas de virus de todas clases, y su órbita sería fijada muy cerca de la Tierra. Pongamos, como máximo, unos veinticinco kilómetros. Acto seguido, yo me instalaría en cualquier lugar de mi gusto del planeta, y comenzaría a dar órdenes: el mundo me obedecería. Ya no tendría que esconderme, ya podría decir: señores, el planeta es mío, es mi jardín, para mí solo, y a ustedes les permitiré vivir en él mientras se porten bien y me acaten. ¿Cree que lo harían?

—¿Les amenazaría con los virus?

—Exactamente. Mientras yo estuviese bien, y mientras nadie intentase derribar o recuperar la plataforma espacial, nada ocurriría. Pero, en el mismo instante en que a mí me ocurriese algo, o alguien tuviese la desatinada idea de recuperar la plataforma, ésta estallaría, a veinticinco kilómetros sobre la Tierra. En ese estallido, miles de pequeñas bombas de virus serían activadas y lanzadas sobre el planeta: morirían cientos, miles de millones de personas, la vegetación, los animales... Se crearía una, multiepidemia de tal envergadura que dudo mucho que quedase rastro de vida sobre la Tierra. ¿Cree usted que valdría la pena molestarme, señorita Westmoreland?

—Usted no tiene esos virus —jadeó Alice.

—Los están empezando a fabricar —sonrió simpáticamente Santeobaldi—. También dispongo de personal que se iría relevando en la plataforma. Personal que, por supuesto, no sabrían lo que contendrían las cápsulas de virus. Para ellos serían sólo sistemas de defensa y seguridad... Dispongo de cuatro años para montarlo todo. No cometeré fallo alguno. Señorita Westmoreland, la tengo a usted por una mujer sumamente inteligente. ¿Será tan amable de corresponderme con la misma opinión sobre mí?

—Al parecer lo he estado menospreciando, ¿no es eso?

—Me temo que sí. Incluso, cuando ha venido aquí con el cuento del señor Offenbach. De momento la he creído, es decir, he sentido curiosidad por saber qué tenía usted que decirme. Pero enseguida he comprendido que usted y el señor Offenbach pertenecen a la misma camada, y que usted, creyendo encontrar a un pobre tonto asustado, ha pretendido sonsacarme... ¡Ha insultado usted mi inteligencia, señorita Westmoreland!

—Entonces tengo que pedirle perdón.

—No estaría de más. Dígame: ¿qué ha pretendido exactamente al venir aquí a tratarme como un tonto?

—Quería recuperar las microfotos del *Proyecto Four Years*.

—Ah... Claro. Bueno, supongo que el señor Offenbach está por ahí complicándose un poco la vida, pero ya me ocuparé de él. ¿Qué puede hacer? ¿Matar a alguno de mis estúpidos empleados? No importa. Al final caerá él. Pero hablemos de usted: ¿qué puedo hacer ahora con usted?

—Si ha de seguir mis sugerencias, déjeme pegarle un tiro —sonrió la encantadora Alice.

—Hasta en eso nos diferenciamos —rió Santeobaldi—. Yo soy mucho más refinado en todos los aspectos. ¿Recuerda que la advertí de que la echaría a los perros? Pues eso es lo que voy a hacer. Pero no de cualquier manera, se lo aseguro. Póngase en pie.

Alice Westmoreland obedeció, lentamente, mirando a todos lados. Pío Santeobaldi se echó a reír.

—Si busca la caja fuerte, no está en la pared, sino en el suelo... muy cerca de ese agujero. ¿Lo ve?

Había apretado un botón situado en el piso, y un recuadro de suelo, con alfombra incluida, se alzó silenciosamente. Santeobaldi

sacó una pistola de un cajón de la mesa, y se acercó a Alice, apuntándola.

—Descienda. Saldrá a un pasillo con paredes de ladrillo que conduce a las grutas naturales. Allí, mis perros le harán los honores. ¡Vamos, baje por ahí!

Alice se dirigió al hueco, vio los peldaños, y, sin más, inició el descenso, dando la espalda a Pío Santeobaldi. Oyó su voz por encima y detrás de ella:

—Cuando los perros hayan...

Alice Westmoreland, que había introducido la mano en el seno, sacó la pistolita, se volvió alzando el brazo, y disparó. Pío Santeobaldi, que tenía la boca abierta, y la cabeza inclinada para seguir mirando a la espía, recibió la bala en plena boca.

Fue como si ingiriese una píldora, pareció atragantarse. Pero era una píldora que le perforó el paladar limpiamente, y se alojó en su cerebro. La muerte fue instantánea. Pío Santeobaldi bizqueó, estuvo un par de segundos como si nada hubiera ocurrido, y luego se precipitó de cabeza por el hueco. Alice se apartó, y Santeobaldi pasó junto a ella, rebotó de cabeza, que crujió, y continuó rebotando escalones abajo, hasta el final. Alice regresó al despacho, localizó el botón que antes había oprimido Santeobaldi con un pie, y lo apretó. La compuerta se cerró.

Un minuto más tarde, la señorita Westmoreland había dejado al descubierto la caja fuerte, en efecto empotrada en el suelo, con la puerta hacia arriba. Durante unos segundos, estuvo vacilando. Sabía que podría abrirla, pero le llevaría tiempo. Y él estaba abajo, con los perros... Los perros no podrían hacerle nada mientras estuviese en la gruta cerrada donde se trabajaba en el facsímil de la plataforma, pero sí cuando saliera de ella. No le preocupaban los hombres que había allí. Sabía que él podría controlarlos, que destruiría los planos, y que saldría, dejándolos encerrados. Los atemorizaría de un modo u otro.

Pero los perros... A los perros no podría atemorizarlos ni disparándoles. Ni lanzándoles bombas. Mientras uno solo de ellos estuviese vivo, seguiría el ataque. Y si eran muchos...

Tomando su decisión, Alice se dirigió hacia la puerta del despacho, la abrió, y salió, sonriente, volviéndose.

—Gracias, señor Santeobaldi —dijo—. Muchas gracias. Sí, sí, se

lo diré a su criado: que nadie más le moleste por nada. Adiós. Gracias de nuevo.

Cerró la puerta. Pocos pasos más allá, el criado de antes la miraba sin demasiado interés. Alice se acercó a él.

—Dice el señor Sant...

—Ya lo he oído. ¡Nadie más le molestará!

—Estupendo —sonrió Alice.

Subió la amplia escalinata de mármol. En pocos segundos estuvo en su dormitorio. Del bolso sacó la radio a transistores, manipuló en ella, y efectuó la llamada. En el acto contestó una voz de hombre:

—¿Sí?

—Buenos días, señor. Soy Alice Westmoreland. ¿Me conoce usted?

—Ya lo creo que sí —se oyó un suspiro de alivio, y enseguida una risa—. ¿Está usted bien, señorita Westmoreland?

—Perfectamente, por ahora. ¿Dónde están ustedes y cuántos son?

—Somos ocho, y estamos rodeando la quinta donde están usted y el señor North.

—Magnífico. No permitan que nadie, absolutamente nadie, salga de la casa. Si lo hacen y se alejan, deténganlo. Y si dentro de media hora no les hemos vuelto a llamar el señor North o yo, pidan más ayuda si lo consideran necesario y ocúpennla. ¿Entendido?

—Por supuesto, señorita Westmoreland.

—Pues eso es todo.

—¿Nada para mí? —Sonó la voz de Elvis North-Klaus Offenbach en la radio.

—Ah, de modo que estabas escuchando. Claro, es una mala costumbre de los espías. ¿Dónde estás?

—Tengo una noticia para ti: acabo de destruir los planos y he dejado encerrados a Kennelly y sus colegas dentro de la gruta. He tenido que disparar contra tres hombres.

—Entendido. Yo también tengo una noticia para ti: Santeobaldi, antes de morir, ha soltado los perros en la gruta.

—Me ocuparé de ellos. Espérame en la salida, ya te dije dónde está y cómo se abre. Dentro de...

—Voy a entrar para ayudarte con los perros.

—¡No!

—Ya lo creo que sí. ¿Nos están oyendo, señores de la W. W. W?

—Por supuesto —sonó la misma voz de antes.

—Dentro de cinco minutos, en vista de las circunstancias, invadan el lugar. Hay tres vigilantes armados, algunos criados dentro de la casa, y tal vez otros dos hombres, también armados. Y un grupo de caballeros poco peligrosos en ese aspecto. Si es posible, los quiero vivos a todos, pero no a costa de riesgos para ustedes. ¿Está esto bien claro?

—Por supuesto, señorita Westmoreland.

—Hasta luego. Voy a ayudar al señor North.

—¡Te he dicho que no! —Sonó de nuevo la voz de North-Offenbach—. ¡Te vas a quedar ahí fuera mient...!

La señorita Westmoreland, simplemente, cerró la radio. Con ésta en la mano, como si se dispusiera a escuchar música dando un paseo, salió de la habitación. En una de enfrente escuchó voces, tendió el oído, y sonrió fríamente. Sin vacilar, fue hacia la puerta de aquella habitación, la empujó, y entró.

Tendido en la cama, Giaco alzó la cabeza, la miró sorprendido, y acto seguido sonrió. Sentado en una butaca, fumando, estaba Fuggs, que también la miraba sorprendido.

—Vaya quién está aquí —dijo socarronamente Giaco—. ¿Podemos hacer algo por usted, nena?

—Sí. Había pensado dar un paseo entre los pinos, escuchando música, pero me parece que será aburrido. Tal vez se les ocurra a ustedes otra cosa, si vamos a pasear juntos.

Giaco y Fuggs cambiaron una mirada de lo más expresivo, aunque un tanto desconcertados. Giaco volvió a sonreír, y sin decir palabra se salió de la cama. Fuggs se puso en pie, y convergió con él, ambos hacia la puerta, donde les esperaba la sonriente señorita Westmoreland.

—¿Sabes que tienes unas estupendas ideas, nena? —dijo Giaco.

—Sí, pero no todas son buenas. Ahora mismo tengo otra que no es tan divertida.

—Vaya, qué mala suerte. ¿Cuál es esa idea?

La señorita Westmoreland expuso su idea. Giaco ni siquiera vio venir el pie. Simplemente, recibió el tremendo punterazo en plenos testículos, palideció como un muerto, y, encogido, con las manos en el lugar golpeado, se desplomó hacia delante. Fuggs no tuvo tiempo

de mucho más. Su reacción supeditada al sobresalto, fue de lo más primitivo, por otra parte: lanzó una maldición, y tendió sus manos hacia la señorita Westmoreland. Ésta pasó entre ambos brazos, mientras su puño derecho, cerrado férreamente, silbaba en el aire en dirección al pecho del alemán. El *tsuki* de karate pareció explotar sobre el corazón de Ernst Fuggs, que puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás muerto.

En el suelo, Giaco se removía como si sus entrañas se estuviesen abrasando. La señorita Westmoreland lo miró, frunció el ceño, y se acercó al asesino profesional, que intentaba ahora incorporarse. El puntapié en el hígado lo hizo saltar, rodó por el suelo, y quedó inmóvil, boca arriba. Por un lado de su boca brotó un hilillo de sangre.

—Chocante —dijo la señorita Westmoreland.

En menos de diez segundos encontró las pistolas de ambos, una sobre la mesita de noche, la otra sobre la mesita con revistas, con sus fundas. Las cogió, regresó a su dormitorio, metió las dos pistolas dentro del bolso, y de nuevo abandonó la habitación.

Abajo, el criado la vio venir, y adoptó una expresión irritada. La señorita Westmoreland llegó ante él.

—Antes olvidé una cosa —dijo.

—¿Qué cosa?

—La tengo en el bolso...

Sacó la pistola. El hombre respingó, miró el arma, y luego los hermosos ojos azules, ahora congelados. La pistola señaló hacia el despacho de Pío Santeobaldi.

—Camine hacia allí. Si grita, le mataré.

El hombre no gritó. Fue hacia el despacho, abrió la puerta, y a una seña de Alice entró. Ella lo hizo detrás, cerró la puerta con un pie, y ordenó:

—Vuélvase. Usted no es un asesino profesional, de modo que deseo no lastimarlo demasiado. No le repetiré que se vuelva.

El hombre estaba pálido. Se pasó la lengua por los labios y se volvió, despacio, como encogido... Su cabeza estalló en un millón de luces al recibir el golpe con la pistola. Eso fue todo.

Luego, la señorita Westmoreland abrió la compuerta que conducía al pasillo subterráneo con paredes de ladrillo. Apenas había comenzado a bajar cuando, de lejos, le llegó el feroz ladrido

de los perros Dobberman. La señorita Westmoreland echó a correr, súbitamente pálida.

* * *

El primero de los perros, el más grande y fuerte, negro como la noche, corría hacia *Herr* Offenbach lanzado como una locomotora a toda presión. En sus ojos parecían arder mil fuegos de furia, pero el señor Offenbach no perdió los nervios: apuntó al animal y lanzó una ráfaga de metralleta, breve, bien controlada... y certera. El perro, cuyos resonantes ladridos habían parecido de truenos, saltó en el aire con un lastimero quejido, salpicando sangre a todos lados...

Por encima de su cadáver pasaron los otros tres perros, dos juntos en cabeza. Muy en el fondo de su conciencia, Klaus Offenbach oía la voz del reproche, pero sabía que no podía tener miramientos. Aquellos perros, como los empleados armados de Pío Santeobaldi, hablan sido entrenados para matar, para despedazar a cualquiera que no entrase en su círculo de amistades. Y eso iban a hacer con él: despedazarle.

Si se lo permitía, claro.

La segunda ráfaga reventó la cabeza del perro de la derecha, y la tercera, casi engarzada, derribó de costado al otro perro, aullando lastimeramente. El cuarto perro, como un bólido, consiguió saltar hacia el señor Offenbach, que sintió erizarse todo su vello. El ataque era tan absolutamente pavoroso que, incluso arma en mano, hacía falta tener nervios de acero para no desvanecerse de puro espanto. El señor North, es decir, el señor Offenbach, no se desvaneció. Sin tiempo a disparar de nuevo, hizo lo único que podía hacer: se tiró de lado al suelo.

Tres metros más allá terminó el poderoso salto del Dobberman, que cayó como si sus patas fuesen muelles de acero, arrancó chispas al suelo con las uñas al volverse inmediatamente, y de nuevo cargó contra el señor Offenbach, que en la caída había perdido la metralleta. Crispado el rostro, vio venir la negra mole de músculos y enormes fauces abiertas... El perro cayó sobre él, lanzando una dentellada que hizo chascar sus dientes al fallar la garganta de Klaus, que a su vez disparó el puño derecho sobre las mandíbulas del animal, que crujió de nuevo. Pero la cabeza del Dobberman

apenas se movió. Fue como golpear una estatua de acero y caucho. Klaus giró para esquivar el siguiente ataque, se revolvió para afrontar el tercero, y el perro cayó de nuevo sobre él. Es decir, sobre sus piernas flexionadas. Klaus las distendió, y el perro salió volando por encima de él.

Mientras el señor Offenbach recurría desesperadamente a la pistola que llevaba en la cintura, el perro rodó por el suelo, se incorporó, volvió a arrancar chispas, y otra vez cargó contra él.

La mano de Klaus no tembló ni un milímetro cuando apuntó a la cabeza del animal.

La bala salió, acertó su objetivo..., y el perro continuó corriendo, chocó contra Klaus, lo derribó de espaldas, recorrió cuatro o cinco metros, y de pronto rodó sobre su destrozada cabeza y quedó tendido.

Cerca de Klaus, el perro herido se arrastraba hacia él penosamente, encendidos de furia los ojos. El hombre miró a la bestia, y sintió un profundo estremecimiento: mientras hubiese un aliento en aquel poderoso cuerpo, su objetivo sería matar.

También la bestia herida miraba al hombre, mientras seguía arrastrándose hacia él, sin el menor rastro de baba en su boca. Un sordo rugido, como un cañoneo lejano, brotaba de lo más profundo de su cuerpo. Klaus apuntó a la cabeza del perro, y disparó.

Apenas diez segundos más tarde apareció corriendo Alice Westmoreland, desencajado el rostro, pistola en mano. Se había desprendido de los zapatos para correr más y mejor, y había en su frente como un rocío de sudor. Desde unos veinte metros divisó la escena, y entonces se detuvo en seco. Su azul mirada se desplazó velozmente en busca de perros, pero los cuatro que vio no se movían. Luego miró el pálido rostro de Klaus Offenbach, que, sentado en el suelo, la miraba inexpresivamente.

Alice se acercó, y se sentó a su lado.

—Te dije que te quedaras arriba —dijo él, secamente.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—No. Estoy asqueado de mí mismo: no me gusta matar animales. ¡Te dije que te quedases arriba!

—Dime una sola razón admisible por la que tuviera que dejarte aquí abajo solo con estas fieras. Una sola.

El la miró, frunció el ceño, pareció a punto de decir algo, y

finalmente cerró su boca de cepo.

—Te amo —sonrió ella.

El señor North masculló algo, y luego dijo:

—De acuerdo. Pero yo te amo más a ti.

—¡Claro que no! ¡Yo más a ti!

—Pues tanto mejor para mí. ¿Qué? ¿Nos quedamos aquí o prefieres ver la luz del sol?

—Prefiero el sol... ¡Dios mío, adoro el sol!

ESTE ES EL FINAL

El señor Smith se apeó del coche, y caminó hacia la orilla del río. Hermosa mañana. Tan hermosa que casi conseguía atenuar los escalofríos que sentía cuando recordaba los planes de Pío Santeobaldi respecto al proyecto sobre la plataforma espacial.

Ah, pero por fortuna todo había terminado bien. A decir verdad, muy bien. Habían recuperado los planos, se había desbaratado la jugada de aquel chiflado, y, lo que era más, el servicio de inteligencia de la

N. A. S. A.

había recibido oficialmente las notas de agradecimiento de diversos países que, como la propia

N. A. S. A.,

había visto mermado su personal por científicos dimisionarios de tercera categoría que, quizá, andando el tiempo, habrían colaborado en dar un disgusto al mundo... Todos ellos estaban a buen recaudo, y, al menos en aquel sentido, el mundo podía estar tranquilo.

Y allá estaban ellos, los artífices del éxito, sentados a la orilla del río, jugando al ajedrez, tan absortos que, al parecer, ni siquiera se percataron de la presencia del señor Smith, quien, finalmente, carraspeó y dijo:

—Ya estoy aquí.

Elvis y Alice alzaron la cabeza, lo miraron, y luego se miraron entre sí. Alice dijo:

—Dice que ya está aquí, mi amor.

—¿Quién?

—El señor Smith.

—Es un nombre falso.

—Sí, así es. Pero nosotros también usamos nombres falsos. Y, además, nos teñimos el pelo, y usamos bigotes y tonterías así.

—Jaque —dijo Elvis North.

—¿Se da cuenta? —Alice miró enfurruñada al señor Smith—. ¡Por culpa de usted, que me ha distraído, me ha hecho jaque!

—Oigan —farfulló el señor Smith—, yo sólo he venido a darles las gracias y a traerles un cheque de recompensa. No pretendía molestar.

—Cielo santo —exclamó Alice—, ¡un cheque! ¿Crees que lo aceptarán los de la UNICEF, mi amor?

—Si es bueno, sí —dijo Elvis North—. He dicho jaque.

—¿No quieren ustedes el cheque? —Se pasmó el señor Smith.

—Será mejor que nos marchemos de aquí —dijo Elvis—: me revienta jugar al ajedrez cuando hay mirones. Podríamos terminar la partida en casa, tomar unas copas de champán, y luego hacer el amor. ¿Qué te parece?

—Jaque mate —suspiró Alice Westmoreland, poniéndose en pie. El señor Smith se quedó solo junto al río.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...